

RECONSTRUIR

nº 147-148
CEDOC
FONS
A. VILADOT



Editorial

Triple lección: España, Hungría, Cuba

G. Cuadrado Hernández

El eterno drama de nuestro indio

Diego Abad de Santillán

Tópicos actuales: izquierdas, derechas, centro.
Revolución para la tolerancia y la libertad

Bosco Nedelcovic

El mito de los "recursos ilimitados" de la
ciencia y la tecnología

Luce Fabbri

El dilema Este-Oeste

José Viadiú

Ayer España; hoy Cuba. (De "Tierra y Liber-
tad", de Méjico.)

Antología

Julián Huxley: La vida puede ser digna de
vivirse

Archivo

Jesús Hernández: Testimonio sobre la tortura
y muerte de Andrés Nin. Jorge Ballesteros:
Una carta inédita sobre el antisemitismo

Calendario

Jacinto Cimozo: 1º de julio de 1876, muerte
de Miguel Bakunin

Lo Contemporáneo

Requien por un campesino español

13

JULIO
AGOSTO

UAB

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

RECONSTRUIR

revista libertaria

aparece bimestralmente

Buenos Aires

Julio-Agosto de 1961

Editor responsable:

Fernando Quesada

Administrador:

Roberto Cúneo

Consejo de redacción:

Gerardo Andujar

Luis Donussi

Jacobo Prince

Fernando Quesada

RECONSTRUIR es una publicación
análisis, tanto en sus inquietudes
sociales como en el criterio que
aplica para la selección de los ma-
teriales que contiene. Por lo tan-
to, no comparte necesariamente
las opiniones vertidas en ellos.

Suscripciones

simples:

República Argentina

anual m\$ 120.—

Otros países

anual u\$s 2.—

de apoyo:

República Argentina

anual m\$ 200.—

Otros países

anual u\$s 4.—

números atrasados:

m\$ 20.— cada uno.

Valores y giro:

Editorial Reconstruir

Casilla de Correo 320

Buenos Aires

Argentina

Impresa en

América

Tecumán 353

UAB

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

Triple lección: España, Hungría, Cuba

Hace veinticinco años un pueblo fue excepción y ejemplo al erguirse fieramente contra el monstruo totalitario, mientras el mundo retrocedía ante la demencia expansiva de Adolfo Hitler.

Un ejército casi por entero dirigido por jefes traidores a la lealtad jurada a la República, arremetía contra la libertad en su tierra, previo acuerdo con los tiránicos déspotas de Roma y Berlín.

Quería ganar el suelo ibérico para la secular alianza del militarismo, el clero y el capitalismo nacional; también una base estratégica para el eje nazifascista.

Contaba con su formidable superioridad bélica frente a un pueblo sin armas y a un gobierno tan miope e inepto que se empeñaba en negárselas obligándolo a sacarlas cómo y de dónde pudiera para defenderse.

Ese gobierno encarcelaba obreros y ofrecía altos cargos a generales ya sublevados, con la misma torpeza con que había desoído todas las advertencias sobre la traición ya en marcha y a punto de estallar.

Contaban los fociosos con todo, menos con la pasión libertaria, la disposición heroica, la suprema decisión del pueblo, de sus vanguardias obreras fogueadas en mil batallas bajo la monarquía y la República.

Ese pueblo hizo entonces lo que se llamó el gran milagro cuya línea de arranque marcó con la sangre de sus mejores hijos el 19 de julio de 1936.

Luchó con bravura sin límites, derrotando a la fiera totalitaria en media España. Avanzó hasta que, vacías de armas y municiones, sus columnas de milicianos debieron clavarse en trincheras y parapetos, anhelantes de victoria.

En cielo y tierra las máquinas italogermanas arrojaban lluvias de muerte. Toda España sufría la prueba máxima de dolor y capacidad de resistencia. Y sobre todo, Madrid...

Como suicidas que habrían de abonar su precio apenas tres años después en la hecatombe mundial, las democracias hicieron el tramposo juego de la "No intervención".

Raudales de armas y de hombres venían de Alemania y de Italia a ensayar su eficacia en la carne de los españoles, de sus niños, sus mujeres, sus ancianos, sus ciudades y pueblos inermes.

El pueblo de la epopeya necesitaba armas. Sin ellas estaba perdido. Rusia asomaba con su inagotable riqueza bélica y prometía ayuda. La angustia se trocaba en esperanza.

El pueblo antifascista construía también una sociedad nueva. El premio de su sacrificio debía ser el triunfo de una verdadera Revolución.

Fábricas, talleres, surcos, granjas, medios de transporte, servicios de sanidad, todas las fuentes de trabajo agotaban esfuerzos para atender las demandas imperiosas de la guerra.

Necesitaban armas. Muchos renunciamientos podían admitirse para que al fin se alcanzara la victoria. Y se hicieron, paso a paso, cada vez más, urgidos por el creciente desequilibrio de fuerzas.

Aquí está la raíz de la inaudita traición de la Rusia bolchevique. La "ayuda" se convirtió en el más infame chantaje político que conociera la historia. Se cobró por adelantado a muy alto precio la "solidaridad antifascista": 510.079.592 gramos de oro, más de la mitad de todo el tesoro español, llegó a Moscú el 6 de noviembre de 1936.

Con el retaceado y regulado aporte, siempre infimo en relación a las necesidades, el minúsculo partido comunista de España —instrumento del gran chantaje— infló sus cuadros y cometió crímenes sin nombre.

Mentiras, sobornos, persecuciones, torturas, asesinatos, infiltraciones y copamientos en todos los campos, sembraron la discordia y la desmoralización en frentes y retaguardia. Sólo la presencia, y la acción a veces, de las vigorosas fuerzas libertarias, evitó su absoluta y total hegemonía.

Se perdió la guerra y el franquismo sentó sus plantas en la península, a costa de un millón de vidas segadas ante el mundo cruzado de brazos. Gran parte de la desgracia debe cargarse en la cuenta del totalitarismo ruso. El resto debe imputarse a las democracias y al proletariado mundial.

Secuelas terribles prolongaron la tragedia. Medio millón de exilados. El espantoso terrorismo represivo del régimen de Franco. La supervivencia del heredero del eje Roma-Berlín, gracias a la ayuda norteamericana, a cambio de bases militares para el Pentágono.

El máximo campeón del "mundo libre" completa así la obra. Washington y Moscú formaron la tenaza que destruyó el derecho de vivir libre y dignamente a un pueblo que como ningún otro se jugó por su libertad.

El partido que desvirtuó la gran revolución que derribó el imperio de los zares, destruyó a todas las demás fuerzas auténticamente revolucionarias a sangre y fuego.

Convirtió en inmensa cárcel la tierra que debió redimirse con la gran experiencia socialista. Después de veinte años de devorar a sus propios hijos, dio al mundo la sorpresa del pacto nazi-soviético, válvula abierta a las ansias de Hitler, prólogo vergonzoso de la segunda guerra mundial.

Triunfante sobre su ex aliado nazi, el régimen totalitario de la casta sobreviviente a las purgas, prisiones, torturas, asesinatos y confinamientos extendió sus alas sobre los desgraciados países bautizados como "democracias populares".

Entre los Estados títeres, estaba Hungría. Era, según el léxico acondicionado por los propagandistas soviéticos, un país en que se estaba "construyendo el socialismo". Como en Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Alemania Oriental, Bulgaria, Albania. En verdad, eran satélites forzados a girar en la órbita del Kremlin.

Cualquier intento de librarse de esa tutela, significaba, y significó, la despiadada intervención de las armas todopoderosas de los campeones del "antiimperialismo", de la "independencia de los pueblos", de la "no intervención", de la "coexistencia pacífica", de "la paz".

El gusto de los argumentos rusos lo supieron, entre otros, los trabajadores que osaron levantar cabeza en Polonia y en Alemania Oriental.

Tenían el mismo sabor de la acción de los bolcheviques contra la gloriosa Kronstadt y contra los campesinos revolucionarios que lucharon junto a Néstor Machno en Ucrania.

También ellos, víctimas del furor del Kremlin, sufrieron el agravio de las columnias con que los victimarios pretenden enlazar a quienes insurgen contra su despotismo. También eran "lacayos del imperialismo", "traidores", "agentes contrarrevolucionarios", etc.

Fue en octubre de 1956. El mundo volvió a estremecerse ante un pueblo dispuesto a todo para liberarse. A pesar de la dictadura asentada en bayonetas y tanques, de la amenaza del tremendo poder soviético, de la desproporción de medios, la increíble hexaño se produjo.

Lo mejor de la intelectualidad, de la juventud, de la clase obrera y campesina, se levantó contra la dictadura comunista exigiendo cambios fundamentales, reivindicando el soviét libre y el verdadero socialismo.

Después de una fugaz aurora de victoria, entraron en acción los tanques y cañones de la "patria socialista", ahogando entre ruinas y sangre a los combatientes de la libertad.

El mundo no movió un dedo para detener el crimen. Quedaba para la historia la cruenta prueba de que el pueblo puede insurgir contra una dictadura, por incommovible que parezca. Y quedaban también las mentiras y columnias comunistas sobre el carácter y los fines de la heroica rebelión húngara.

Siempre necesitan los verdugos el artificio que presenta a sus víctimas como servidores de las peores causas. Pero la verdad resplandece siempre, al fin, a la luz de los mismos hechos, de los más veraces testimonios, incluso —a veces— de las tardías confesiones de prominentes y arrepentidos personajes del partido comunista que logran escapar del "paraíso" totalitario.

La Hungría insurgente no puede ser bandera de reaccionarios de todo laya que añoran otros látigos para el pueblo. Hay que tenerla siempre ante los ojos como ejemplo de la pujanza del anhelo de libertad y de la represión incalificable del totalitarismo ruso.

En suelo de América se produce la tercera experiencia del drama de los pueblos sometidos a métodos o influencias del mismo totalitarismo. Ese drama está en pleno desarrollo.

El drama de Cuba también nació como fiesta de libertad, el día que cayó la dictadura batistiana. Como augurio de transformaciones revolucionarias. Como ejemplo para otros pueblos.

Reforma agraria, cooperativas, impulso educacional, planes de viviendas, fervor popular, milicias revolucionarias, mancomunidad de fuerzas y tendencias parecían puentes tendidos hacia un futuro venturoso.

Y ahora está ahí la cruda verdad y la sombría perspectiva. Clima de dictadura, len-

gusajo de déspotas, sangria humana continua, reino del miedo, un sólo partido, discrecionalismo del lider, retratos y banderas, consignas, declaraciones y discursos, todo con la marca totalitaria.

Hablan los hechos de los dueños del poder, del "gobierno revolucionario" que todo lo hace y deshace. Hablan las sanciones del paredón y de la cárcel, la prensa y la radio y la televisión de un sólo y digitado idioma, la consigna elocuente que confunde el anticomunismo con lo contrarrevolucionario.

Cuba est  ahí, con su sindicalismo copado y manejado por los conocidos pregoneros de la "unidad" a todo tranca, que exigen libertad en todas partes y la anulan y escarnecen all  donde gobiernan y caminan.

Grita la verdad la misma boca del dictador supremo, que ayer glorificó la Sierra Maestra con sus proclamas y llamamientos y promesas de hondo sentido humano, que hoy pisotea todo lo digno y se entrega con jactancia y soberbia, mientras ataca al imperialismo yanqui, en los brazos del imperialismo ruso. Que imita a los nazis, exigiendo el trueque de prisioneros por tractores...

De golpe aparece la fórmula que liquida todas las dudas. Se proclama el "Estado socialista" a la par que se cantan los a las maravillas de la "patria socialista" que agradece el sometimiento con el premio Lenin "de la paz".

Semejante identificación promete al pueblo cubano la triste suerte de los muchos pueblos tutelados por el férrea pu a soviética. Nada mejor podían servirle a los enemigos del socialismo, al capitalismo mundial, a los ideólogos fascistas, a la reacción internacional.

Quienes estuvieron contra la barbarie totalitaria de cualquier color, quienes combatieron la mistificación del socialismo y de la revolución por los amos de Rusia, no pueden hacer el juego al falso y peligroso dilema de elegir entre Washington y Moscú.

Cualquiera sea la apariencia de un régimen que se escude en principios y lemas que nada tienen que ver con la realidad —socialismo, democracia popular, antiimperialismo, etc.— la medida exacta de su naturaleza ha de darle el grado de respeto a la dignidad humana.

La medida que impone el apoyo o el repudio a un sistema, lo debe dar siempre el grado de justicia y de libertad que en él imperan. Nunca la condición de sus eventuales adversarios o enemigos, ni el histerismo dictado por odios y místicas cultivadas y aprovechadas por quienes sirven a cualquiera de los bandos, bloques o Estados que se disputan la supremacía mundial.

No se trata de estar con el capitalismo yanqui o con el totalitarismo ruso. Las culpas del primero —en Cuba y tantos pueblos de América— no deben empujar al abismo en que el segundo sepulta todos los derechos y cierra todos los caminos para una convivencia digna.

Se trata de estar junto al pueblo y no con sus opresores. Con la revolución y no con sus frustradores y usufructuarios. Con el legítimo derecho de libre determinación de los propios cubanos, y no con la mordaza y el terror que les impide vivir como quieren.

Nadie tiene derecho, y menos que nadie quienes inscriben en sus principios y objetivos la vigencia de la libertad, a confundir los términos del problema.

Quienes est n aprisionados en las redes de la propaganda y de la psicosis autoritaria, pueden repetir consignas de apariencia revolucionaria. Nunc la confusión y el engaño han de atrapar, ni deberían alcanzar a quienes tienen la obligación de reconocer como máximo peligro de nuestro tiempo a cualquier totalitarismo y combatirlo en cualquier lugar en que se presente.

El eterno drama de nuestro indio

por Generoso Cuadrado Hernández

Hay que convenir que el problema del indio en la Argentina no reviste las dimensiones de espantosa tragedia que adquiere en otros países del continente. No por ello hay que soslayarlo o negar que nuestros aborígenes —los pocos que han quedado luego de las sangrientas expediciones civilizadoras— viven un doloroso e interminable drama. Relegados a la condición de parias, a pesar de que ante la ley son ciudadanos plenos, carecen de todos los teóricos derechos y las ventajas que se acuerda a los habitantes, incluso a los extranjeros, vale decir, que no reciben beneficios y tampoco aportan nada al país.

Verdad de a puño es aquella de Adán Quiroga cuando dijo: "Apartar al indio de la historia es desdeñar nuestra tradición y renegar de nuestro nombre de americanos (nosotros diríamos que es renegar de nuestra condición de seres humanos); y esto es —añade— lo que hemos hecho desde los tiempos de Colón, primero en nombre de Dios Nuestro Señor; después, en nombre del Rey y, por última, en nombre de la Patria". Justa reflexión es ésta, con proyecciones de acusación, por una conducta que no tiene explicación posible, aun menos en nuestra época, ni cuando se pretende asentarla en falsas premisas, como la de calificar al aborigen de salvaje o ser inferior. Mito éste creado en base a conclusiones de pretendidos investigadores, así como de historiógrafos, literatos y folkloristas irresponsables, superados por los estudios de los auténticos hombres de ciencia y escritores de conciencia libres de prejuicios de clase, raza o religión, así como de intereses subalternos.

El indio sanguinario, sin el menor rasgo de criatura racional, a que nos tienen acostumbrados muchos textos, es un ente convencional. "El indio de museo —ha dicho Fernán Félix de Amador, insospechado de indigenista, con términos exactos—, atómicamente definido y registrado en balanzas y colecciones, es un ser fantasmagórico e imaginario, creado por el cerebro del investigador, que está lejos de su punto de partida, como la piedra del pavimento urbano, de la montaña a que perteneciera. Este muñeco científico —agrega— nada tiene que ver con el indómito «habitante de los horizontes», cuya sombra terrible recórtase en sangrientos trazos sobre todas las perspectivas de la pampa. Apenas si de tarde en tarde, la perspicacia de alguno enciende fugitiva vislumbre de comprensión en medio de las tinieblas. Es un gesto que descubre una emoción humana; una mirada inteligente que nos hace ver al «noble salvaje» bajo un aspecto sensible y distinto..." Y para comprender mejor la serie de embustes echados a rodar y las injusticias cometidas y que se siguen cometiendo con el autóctono, consideramos oportuna una cita de un testigo ocular de la "conquista del desierto", el coronel ingeniero Manuel J. Olascoaga, primer gobernador del Neuquén, igualmente nada sospechoso de indigenista, pero sí de una sensibilidad humana que no tuvieron otros militares y políticos. Dijo el coronel Olascoaga, refiriéndose a las tribus que poblaban el oeste y sur neuquino, en tiempos de la colonización militar de 1884: "La misma raza indígena que se considera

primitiva de aquellos lugares no creo sea una especie salvaje nueva. La conocemos ya bastante en más de 20 mil individuos que hemos traído a nuestras poblaciones, en las que se ha asimilado totalmente tan sólo al cambiar de traje y hablar nuestra lengua. No es salvaje ni lo ha sido nunca; ni por su formación física ni por sus costumbres", afirmando luego, entre otros certeros conceptos: "...pero nuestro indio del sur, de gran cabeza elíptica, de ojos rectos y de un poder intelectual que sorprende cada vez que se educa, no es un salvaje, es apenas un habitante del desierto, es decir, **es el hijo de nuestra propia obra, porque el desierto es el efecto de nuestra indolencia**". Medítese bien lo sensato del juicio de este coronel, opuesto al generalizado, que culpa de los males que se padecían en la época a **nuestra indolencia**, defecto que hasta el blanco más inútil siempre está dispuesto a atribuir a los aborígenes.

Fue bastante tarde que se llegó a reconocer verdad tan simple. El exterminio ya se había consumado. Las naciones mapuches (llamadas erróneamente araucanas), los pueblos indómitos y viriles, la "raza grande y hermosa", habían pagado caro tributo a su pasión por la libertad y a su amor por la tierra que les daba sustento. Porque esa fue la única razón de su secular y porfiada lucha: tierra y libertad. No tenían vocación de esclavos y por eso prefirieron sucumbir. Y que estaban lejos de ser salvajes lo evidencia la organización social a que habían llegado en los días de la conquista, en algunos sentidos más avanzada que la que nos ha impuesto el sistema liberal-buraués. Muchas de sus costumbres figuran, con ligeras variantes, como principios basales de reivindicaciones populares de tipo socialista de la era moderna. Entre ellos el sentido que los mapuches tenían de la propiedad. La tierra, por ejemplo, era considerada como patrimonio común de la tribu y **no admitían en ella la propiedad individual, aun de los caciques**. Por otra parte, cuando se los quería convencer que la marca de un animal arreado en malón indicaba que tenía dueño, respondían: "marca tuya, animal mío". Podría creerse en un rasgo de humorismo, pero lo más probable es que tal proceder tuviera sus raíces en un lógico derecho de resarcimiento.

En lo tocante a gobierno, podían dar lecciones a muchos estadistas de campanillas. El cacique debía ser hombre de recursos y generoso hasta arruinarse, porque mientras tuviera algo atendía a los que solicitaban amparo. No había hambre mientras en el rodeo del jefe hubiera una vaca o una yegua. "La autoridad del cacique —ha escrito Dionisio Schoo Lastra, en «El indio del desierto», con criterio imparcial que lo honra, a pesar de su estrecha vinculación con el «héroe de la conquista del desierto», general Julio A. Roca—, si bien lo habilitaba para disponer hasta de la vida de sus súbditos, dependía del acierto de su iniciativa o gestión por el bienestar de la colectividad. Es de notar —añade—, que en la cantidad de antecedentes conocidos **no se cita a caciques tiranos** o que abusaran de sus prerrogativas; muy al contrario". De su sentido de la igualdad nos remitimos a José Hernández, que pone en boca de Martín Fierro la versión de cómo se hacía la "repartida" entre los pampas, al regresar de un malón, con esta sextina: "Se reparten el botín / Con igualdad y sin malicia; / No muestra el indio codicia / Ninguna falta comete / Sólo en esto se somete / A una regla de justicia".

Pero hay algo más singular, que narra también Schoo Lastra, y es

en torno a cómo trataban a los niños. "Eran afectuosos con sus hijos —escribe—, teniendo en cuenta sus aficiones o rasgos, a punto de que alguna vez se ha juzgado que les fomentaban sus caprichos; algo de ello pudo haber, pero los indios juzgaban que no debía reprenderse sistemáticamente a un niño para no deprimir su ánimo y no privarlo del don de iniciativa que había de serle indispensable en el transcurso de su existencia. Es curioso —comenta Schoo Lastra— que este modo de ver los salvajes en la formación del carácter de las criaturas sea el que prime actualmente en las sociedades más adelantadas de la civilización. "Y para terminar con estas citas —tomadas de propósito de autores no indigenistas— que ponen de relieve la índole de nuestros indios, es bueno destacar cómo se adelantaron en muchos siglos a cuantas «nuevas olas» se vienen sucediendo. Así en materia de relaciones entre el hombre y la mujer, para las que observaban prácticas que hemos denominado, a través de los tiempos, «derecho al amor», «amor libre», «libertad sexual de las mujeres» o «emancipación femenina». Tal como lo ha relatado Lucio V. Mansilla, en «Una excursión a los indios ranqueles», entre los aborígenes no existía la prostitución, lacra que aun nuestra sociedad considera «un mal necesario». Debemos atribuir la observancia de tan saludable precepto a la circunstancia de que —aparte de que existía la institución del matrimonio de tipo monogámico y poligámico— tanto las mujeres solteras como las viudas eran dueñas de su voluntad y de su cuerpo; podían hacer de él lo que querían y si cedían a un hombre no se deshonraban, no eran criticadas ni mal miradas, aparte de que nadie podía obligarlas a casarse o robarlas. No por ello reinaba el desenfreno. Su entrega era determinada por el poder de atracción o convicción que el hombre ejerciera sobre las mujeres en las lides amorosas. En cambio las que accedían a unirse en matrimonio se convertían virtualmente en esclavas, pero desde ese instante eran un ejemplo de fidelidad conyugal.

De esta estirpe son los grupos de familias que sobreviven a las matanzas, a la persecución, a la expoliación, a las pestes y a los vicios (los indios, lamentablemente, asimilaron en gran parte lo pernicioso, lo dañino, lo degradante de nuestra civilización) a que han sido condenados por los gobiernos y los inmorales que han atrapado a la raza vencida en la red de sus ardides jurídicos. Despojados de sus tierras, de sus bienes y de sus derechos de ciudadanos libres (a pesar de nuestro régimen democrático, de la legislación vigente y de las declaraciones nacionales e internacionales, el indio se halla en un mismo pie que los intocables), los hemos visto vegetar, acorralados como fieras, en las tierras más infértiles, enanados sobre los elevados picachos andinos. Donde más se puede apreciar la deplorable situación a que los ha empujado ese maldito destino es en el Neuquén, Río Negro y Chubut. Allí viven —acosados por el hambre y la desesperación—, los restos de los pueblos más altivos del continente, a los que no se les perdona su épica lucha por su tierra y por su libertad, frente a quienes pretendían sojuzgarlos, conscientes de que era preferible morir de pie antes que vivir de rodillas. He aquí su pecado: su indomitez, virtud que las clases opresoras castigan con sádica crueldad, movidas más que por odios étnicos por un espíritu conformado por desmedidas pasiones de ambición, egoísmo y prepotencia. Pocos de esos núcleos son los que habitan en una vivienda medianamente confortable. Los más se guarecen en innominables ranchos

y chozas. Y hasta en cuevas y cavernas. La desnutrición, la tuberculosis, el mal de Chagas y el bocio hacen estragos, especialmente entre los niños, que ofrecen un deprimente espectáculo ante el que se nos nubla la vista y anuda la garganta de incontenida indignación.

Hemos estado en contacto con integrantes de distintas tribus mapuches y oído el clamor que resuena a todo lo largo y ancho de la Patagonia. Voces mansas —no domesticadas—, algunas de ellas, ceñidas a la ley "ante la cual todos somos iguales", pero dichas con honda amargura (uno de los indios que nos exponía sus cuitas, el lenguaraz de la tribu de Paineofilu, llamado Segundo Hilario Huenquir, hombre de paz, nos asombró coincidiendo con Adán Quiroga —a quien creemos no ha leído—, señalando que su triste destino fue sellado el día que Colón descubrió el Nuevo Mundo), y otras airadas, cargadas de atávicos rencores y acentos de santa rebelión, sus demandas podrían sintetizarse en estas pocas palabras: están hartos de que se les arrebaten las tierras buenas, ubicándoselos en las peores. Este es el problema fundamental, que inclusive lo ha constituido para muchos blancos. Hecho que no puede causar extrañeza, pues alcanzó igualmente a no pocos "conquistadores del desierto", como lo dejó sentado en su oportunidad el alférez Camilo Anschutz, del regimiento 3 de caballería, que delineó el pueblo de San Martín de los Andes, levantado en las tierras ocupadas por la tribu de Bartolomé Curruhuinca, de las que la desalojaron no obstante haberse unido y prestado señalados servicios a los invasores. Dicho militar deja traslucir su melancolía por el pago que los gobernantes dieron a los "heroicos expedicionarios" cuando declara: "...ninguno de los fundadores (de San Martín de los Andes) mantiene, por falta de títulos, ni siquiera un lugar gratis en el chenque (enterratorio)", agregando que los militares "son los parias del progreso y la civilización, mientras que otros que nada hicieron fueron los aprovechadores".

Justamente a más de sesenta años de la ocupación de Pucaulle (hoy San Martín de los Andes), se levanta vibrante la voz de uno de los descendientes del jefe indígena nombrado, cuyas familias moraban a lo largo de los valles que van desde el lago Lacar hasta la vega Maipú. Es la de Gregorio Curruhuinca, radicado actualmente en Quila Quina, quien, sin disimular la ira que lo domina, nos dice: "La verdad es que el indio estorba y lo han empujado hasta los pedregales, quitándole las tierras fértiles y obligándolo a que se muera de hambre. Es hora de que se haga justicia, que los huincas (cristianos) cumplan su palabra de protegernos, de ayudarnos a vivir y educarnos, como nos enseñara el maestro Teodoro Aramendia (se refiere a un educador que fue verdadero apóstol de la enseñanza). Pero los huincas nos han engañado siempre. No tienen palabra, pues prometen y no cumplen. Yo ya no tengo confianza. Sufrimos mucho, tenemos miseria y nos falta tierra para trabajar. La palabra de los huincas debería ser como los árboles de la montaña, fuertes, duros, contra el viento y los huracanes que no consiguen doblarlos ni arrancarlos, porque están agarrados firmemente al suelo, como una verdad divina, y nada pueden vencerlos. Nosotros no mendigamos, no queremos regalos; anhelamos que se respeten nuestros derechos a la tierra donde nacimos y exigimos un lugar dónde trabajar tranquilamente y deseamos, además, se imparta educación a nuestros hijos, a fin de capacitarlos para una vida más humana. Como no tene-

mos nada, ese pensamiento me hace malo, lo se, pero ellos, los huincas, tienen la culpa". No puede expresarse con mayor elocuencia el estado anímico a que ha llevado a los aborígenes el cúmulo de atropellos de que son víctimas por parte de las autoridades y que, tarde o temprano, como ya se teme entre los terratenientes, y aún en los círculos oficiales, pueden culminar en una insurrección (como habría ocurrido en Santa Victoria Este, provincia de Salta, donde los pacíficos y sufridos chorotes, excelentes trabajadores de los algodones, quebrachales e ingenios azucareros, se habrían sublevado cansados de los tropelías de que son objeto), cuya única responsabilidad recaería sobre los huincas.

Demás está decir, por sabido, que la tierra patagónica está en manos de unos pocos privilegiados. Su distribución, una vez arrebatada a sus primitivos dueños, no se hizo equitativamente, como lo destacara ya en 1887 el perito Francisco P. Moreno, época en que se entregaban estancias de 32 leguas. Hoy han empeorado las cosas, pues se encuentran establecimientos de hasta 120 leguas. Pero el mayor latifundista sigue siendo el Estado, que ha puesto bajo la jurisdicción de la Dirección Nacional de Parques Nacionales grandes extensiones de tierras. Y esa repartición procede unas veces arbitrariamente y otras sujetándose a las leyes y reglamentos, sin la elasticidad y sensibilidad necesarias para resolver los problemas humanos, actitud que observa tanto en su trato con los indios como con los pobladores blancos de modesta condición económica o que carecen de influencias en las altas esferas. En lo que atañe a los pobladores autóctonos, se les exige limitar el número de su ganado, pues de sobrepasar determinada cantidad deben abonar un derecho por pastaje que hace antieconómico su mantenimiento. Por ello se constriñen a tener el máximo de animales permitido, con lo que no mejoran su nivel económico, no pueden vivir con decoro y no producen tampoco lo necesario. Asimismo, la burocracia los asfixia. La más pequeña innovación que deseen introducir en su predio ha de estar autorizada por dicha dependencia. Los trámites son tan enojosos que se obstinan hasta de construir un simple cerco. Y ello porque el llenar solicitudes —que deben hacer redactar a terceros— y presentarlas en las oficinas situadas a muchas leguas de distancia, les roba un precioso tiempo que pueden aprovechar en sus campos, cuidando sus bienes o cultivando la tierra. Sobre este aspecto se narra un caso ilustrativo. Cierta noche rondaba un puma por el caserío de un arriero de indígenas, que mató varios laneros. El jefe de la familia damnificada debió viajar hasta el pueblo para solicitar a Parques Nacionales, en el consabido papel sellado, autorización para eliminar a la fiera. Cuando obtuvo el permiso casi no le quedaban ovejos.

Uno de los pretextos que se esarime para expulsar a los indios de las tierras fiscales aptas para la explotación agrícola-ganadera es que la hacienda perjudica a los bosques. Argumenta pueril si se considera que Parques Nacionales mantiene grandes extensiones despobladas de ganado, pero plagadas de ciervos, jabalíes y liebres, que también dañan los bosques, como lo denunciara, documentadamente, en un valiente alegato en favor de la restitución de tierras a sus primitivos dueños, un joven delegado al reciente Primer Congreso del Area Araucana Argentina, celebrado en San Martín de los Andes. Tal dualidad de criterio tiene una sola explicación: hay que conservar la fauna para entretenimiento

de los nobles y aristócratas desocupados de todo el mundo que llegan hasta allí a gozar del placer de hacer puntería lo mismo en un ciervo que en un indio. Y a la cadena de absurdas disposiciones que rige para esa gente se suma la de no permitírsele el uso de maderas útiles.

Afirmar que estos indios son haraganes es un desatino. Sabido es que se sienten fuertemente atraídos por la vida pastoril, de manera particular los de edad adulta. Los que pueden mantener algún ganado menor gozan de un mediano pasar. Sus majaditas les brindan, además de su carne, los cueros y la lana que les sirve de materia prima para una industria en la que no tienen rivales: el tejido. Ellos esquilan sus ovejas (igualmente aprovechan el pelo de la cabra), hilan la lana, la tiñen, arman la trama y la urdimbre del telar, la tejen y se encargan de la primera etapa de la comercialización. Ocurre, empero, que también esta actividad —que adquiere jerarquía artística, como la cestería entre las tobas del Chaco o la alpaca en otras parcialidades— sirve como un motivo más para su inicua explotación. Se ven obligados a llevar los ponchos, las cinchas, las matras y alforias que confeccionan —trabajados mejor que en Chile, como lo comprobó el profesor Julián Cáceres Frevre, director interino del Instituto de Investigaciones Folklóricas, dependiente del ministerio de Educación, y especializado en problemas sociales de las minorías étnicas que, dicho sea de paso, ha dado un grito de alerta, denunciando "que la cuestión del indio puede transformarse en un fermento revolucionario que incendie la Patagonia"— a los bolicheros, que les cambian las prendas por unos centavos, cuando no por yerba o azúcar. Los tejidos van a parar luego a comerciantes de la zona turística que los venden a fabulosos precios. Un poncho que le reportó al artesano mil pesos es vendido hasta en siete mil pesos. Además, de sus hábiles manos salen faias, oiotas y tabanueras. Esto sería bastante para desvirtuar el mito de la haraganería del indio. Mito creado por los estancieros y los criadores de ganado para explotarlo mejor cuando, acuciado por la necesidad, va a alquilar sus brazos. Como no tiene medios de existencia fijos, y puesto que la mano de obra es abundante y barata, el aborígen se conchaba donde y como puede. La ocupación más frecuente que se le brinda es en los campos de los pocos dueños de hacienda. Son faenas temporarias: la verrea, la esquila y la cosecha de cereales en reducidas parcelas de tierra labrada. La situación es aprovechada, por lo tanto, por los patronos para especular con los salarios y las condiciones de trabajo. Para el autóctono no hay jornadas de ocho horas, mejora de que gozan los obreros organizados y conquistados tras largas y cruentas luchas; trabaja desde que puede hacerlo, según su edad, y antes de desmontar el sol hasta después de ponerse y cuando la oscuridad no permite ya realizar tareas camperas. Todo por una irrisoria paga.

Los jóvenes indígenas no tienen otra desventaja que la de pelear en las condiciones expuestas. En su inmensa mayoría son analfabetos y en la atmósfera que se desenvuelven nunca podrán alcanzar un adelanto social por falta de preparación. Por lo demás, aunque un joven mapuche revelara condiciones y vocación para el estudio, aparte de no tener acceso a los establecimientos de enseñanza por su pobreza, queda automáticamente relegado a un plano inferior por su extracción racial, ya que es opinión generalizada que sólo sirve para trabajos rudos, negándosele la oportunidad de una justa superación. De ahí que no tenga otra alter-

nativa que morirse de hambre, caer en manos de los dueños de hacienda para que lo expriman física y moralmente —dando gracias que no lo ultimen de un tiro para no pagarle—, andar de choza en choza, amenazado siempre de ir a parar a un calabozo por vagancia. Y así va "aurando" en medio de la más ruda pobreza y de penurias sin fin.

Para resolver este problema, que en cualquier momento puede hacer crisis, no se escatiman promesas. En ocasión del ya aludido congreso araucanista —donde varios delegados plantearon con crudeza la cuestión, entre ellos el doctor Ismael Moya y Willy Hassler— se volvieron a oír altisonantes discursos en boca del propio ministro del Interior y de los gobernantes neuquinos. Pero tanto palabrerio no podía apagar la tonante voz del viejo Curruhuincá que seguía resonando iracunda: "Yo ya no tengo confianza en los huincas; nos han engañado siempre; no tienen palabra, prometen y no cumplen. . .". Razón tiene el cacique, pues la tendencia más favorable a su causa es la de encerrarlos en reservas, como hacen los yanquis. Tanto es así que Parques Nacionales se propone convertir en reserva el emplazamiento actual de los indios de Ruca Chorro, en el Neuquén, zona por demás inhospitalaria. De cumplirse la iniciativa, ¿no se cometería un crimen como con las familias de Malleo expulsadas, mediante engaños, por un pariente de un ex gobernador peronista, hacia las reservas de Laguna Blanca? No es un misterio que la mitad de esa gente pereció, por tratarse de un paraje inadecuado para la población humana. Por otra parte —como dijera el ya citado profesor Cáceres Freyre—, la reserva no es sino un jardín zoológico, donde los aborígenes quedarían definitivamente al margen de la sociedad; en suma, ponerles una lápida y un rótulo. Viene al caso, asimismo, lo que acontece con la reserva Nahuelpan, en el Chubut. Hace poco la familia indígena de ese nombre se dirigió a la legislatura denunciando que "han desconocido sus derechos a la ocupación tranquila de la tierra y que la administración oficial a que se les obliga adolece de fallas graves, que derivan en una inoperancia que termina con el abandono total de sus fines". La realidad es que, según lo comprobado por legisladores opositores chubutenses, se quiere acobardar a los aborígenes para que abandonen sus tierras. En la provincia del Chaco, habría un criterio más razonable para encarar asunto tan delicado. El gobernador en su último mensaje a la legislatura expresó que "el problema indígena en esta provincia, exento de prejuicios raciales y de antecedentes segregacionistas, constituye en substancia una cuestión social de trabajo y de educación". Mientras tanto, los aborígenes chaqueños —infatigables trabajadores y hábiles artesanos, sobre todo los tobas, seculares víctimas de los negreros en los quebrachales e ingenios azucareros— siguen siendo tratados como perros sarnosos aun por los mismos colonos blancos que sufren las trapelías de los gobiernos, de los latifundistas y de los dueños de monopolios. Es tan cierto ello que a menudo, cuando esos aborígenes levantan sus chozas en tierras fiscales cercanas a los campos de pobladores blancos, éstos los corren a balazos y les incendian sus viviendas, sin causas alguna que lo justifique, tan sólo molestos por su vecindad. Para colmo, si se quejan a la policía les irá peor: puede costarles la vida.

Al margen de las declaraciones gubernativas, contamos con algunos hombres que, inspirados en sentimientos humanistas, han concebido programas de rehabilitación del indígena que, de llevárselos a la práctica,

podrían aliviarlo en sus tribulaciones y contribuir a elevarlo social y económicamente. Creen de buena fe que el Estado —justamente donde está la raíz del mal— tiene el remedio en sus manos. Opinan que debería apelarse al antropólogo social, que prepara especialmente a hombres de ciencia para estudiar estos problemas y buscar la adaptabilidad del aborigen. Paralelamente abogan por que se designen maestros especializados, preferentemente que hablen su idioma, y que se prepare a jovencitos mapuches para que luego enseñen a su propia raza; que se les impartan nociones elementales de salubridad; que se les proporcione vivienda digna; que se trocen caminos y se los dote de comunicaciones y transportes que permitan la comercialización directa de sus productos; que se les haga llegar técnicos agrícolas, para que aprendan a sembrar lo que más rinda y, como los puntos más fundamentales, garantizarles su radicación en tierras aptas para trabajar, facilitándoseles los implementos agrícolas imprescindibles, y solucionar el problema del latifundio. Sin mucho esfuerzo podrá advertirse la analogía que guardan estas demandas en favor de los aborígenes con las que centenares de pobladores rurales blancos formulan casi a diario desde los más distintos rincones del país, sin tener el más mínimo eco en las esferas gubernativas.

Los enunciados a que hacemos referencia, que tienden a la recuperación cultural y social de las poblaciones indígenas de la Patagonia, se puede decir que están comprendidos en un proyecto del que es autor el profesor Horacio Ratier, vocal del Consejo Nacional de Educación, que, como docente, ha estado por muchos años en contacto con esa gente, cuyos males e idiosincrasia conoce en sus más mínimos detalles. El plan elaborado contempla un medio práctico y rápido para reeducar al indígena y reincorporarlo a la sociedad en igualdad de condiciones al resto de la ciudadanía: la creación de aldeas escolares, en el medio donde viven precariamente y dispersas las poblaciones autóctonas. Considera el profesor Ratier que sería una solución salvadora, que al defender la heredad del aborigen promovería, al mismo tiempo, el surgimiento de pequeños pueblos con acento progresista y humano. La idea —que guarda puntos de contacto con la expuesta por el ingeniero Carlos S. Bianchi en su artículo "La escuela rural", publicado en el número 10 de RECONSTRUIR— ha tenido principio de ejecución en Llanquin, Río Negro, donde se formó una aldea en torno a la cual se congregaron los aborígenes amenazados de ser desalojados y con la clausura de su escuelita.

Con el plan a que aludimos no se busca crear una escuela de tipo determinado. Lo que se desea es fijar poblaciones seminómadas alrededor de la escuela, para "dar a los niños la educación a que tienen derecho, y a los padres la educación social que tanto interesa". Ya lo ha dicho el maestro Antonio P. Tolosa: "Hay que levantar el nivel cultural de nuestra población indígena. Se piensa en agrupar los hogares en torno a la escuela, solución muy distinta a la escuela hogar, que saca al niño del suyo propio y no actúa sobre los padres sino muy a la distancia. Significa una nueva solución, sin criticar al hogar escuela". La villa escolar procura resolver la radicación de la familia rural patagónica dispersa, bajo la influencia de gradual colonización agrícola-ganadera, de acuerdo con previsiones de la primera reunión de autoridades de la educación primaria, efectuada en Córdoba, en 1959, y cumpliendo, por lo demás, el convenio aceptado en 1957 en Ginebra entre la Argentina y la O.I.T.,

sobre integración de los núcleos indígenas y de otras poblaciones tribales de cada país firmante. "El plan contiene medidas prácticas e inmediatas —dice el autor— que en sus consecuencias sociales, culturales y económicas recompensarán al Estado que las aplique, con la recuperación de masas humanas hoy proclives a la decadencia definitiva".

En lineamientos generales, el proyecto contempla los siguientes aspectos: aprovechar los núcleos escolares situados en zonas donde la población aborigen se halla apartada por las características del campo patagónico, buscando un lugar estratégico junto a un río con posibilidades de riego, para concentrar las viviendas de una futura villa, con preferencia en tierra fiscal; estudio técnico con vista al riego y a la instalación de la aldea y su aledaño agrícola-ganadero; trazado en lotes y reservas para edificios públicos; salón de actos, manualidades, tinglado, etcétera y comodidades para los maestros; los jefes de familia gozarán del beneficio de la tierra, siempre que aseguren con su trabajo y el de los suyos el positivo aprovechamiento de ella, concediéndosele su uso precario hasta tanto acrediten real eficacia como colonos; la entrega definitiva de la tierra fiscal se hará como consecuencia de la eficiencia demostrada, a través de plazos establecidos, o el uso vitalicio mientras el trabajo en ella sea eficiente (enfiteusis); aconsejar la práctica cooperativista, tanto para el trabajo de la tierra como en la financiación de instalaciones comunes que acrecienten, con sentido social y solidario, los bienes cultivados; las viviendas serán amplias, cómodas, y contarán con dependencias sanitarias, agua corriente y luz eléctrica. El edificio escolar será el centro que regirá la aldea y tendrá un terreno para prácticas experimentales de granja y talleres debidamente montados, en particular de carpintería. El gobierno de la villa tendría como patrón el establecido en Llanquín. Allí lo ejerce una comisión vecinal, elegida por sufragio secreto entre los jefes de familia —de la que es presidente nato el director de la escuela o el maestro que designe en su lugar—, la que tiene como atribuciones: entender en el fomento del progreso de la aldea; estimular la ayuda mutua en favor de la población; velar por una vida moral, sana e higiénica de la colectividad; resolver, como tribunal de paz, los conflictos entre los vecinos y adoptar fallos de sanción moral y actuar en todo lo que convenga a la positiva, progresista y correcta convivencia del vecindario. Además, como sabia disposición, se prohíbe en absoluto el uso de bebidas alcohólicas.

Se debe tener, no obstante todos los reparos que puedan hacerse, la firme esperanza que los maestros —siempre que no se antepongan interferencias perniciosas de orden administrativo o politiquero o de los latifundistas— habrán de obrar el milagro ansiado por la raza vencida: su redención, para que pueda integrar la hermandad universal de un futuro sin diferencias de razas ni clases bajo el imperio de una auténtica atmósfera libertaria y de justicia social. ¿Pero el sistema que nos rige estará dispuesto a encarar con sinceridad la forma de convertir la iniciativa en realidad? Confesamos que después de meditar debidamente el caso nos ha invadido el más profundo escepticismo y, parodiando al "peñi" (hermano) Curruhuinca no hemos podido evitar el exclamar: "No tenemos confianza en los huincas erigidos en gobierno. No tienen palabra. Prometen y no cumplen. Y ese pensamiento nos hace malos, lo sabemos, pero ellos tienen la culpa..."

IZQUIERDAS, DERECHAS, CENTRO

Los que resistimos por principio y por autodeterminación a todas las formas de tiranía, no podemos menos que resistir también a la tiranía de las frases hechas, de las fórmulas consagradas que circulan automáticamente por canales mentales lucientes a fuerza de uso y pretenden encajar la realidad en moldes y preconceptos que no responden a ella, pero que nos evitan el esfuerzo y el sacrificio de pensar por cuenta propia.

Una de esas frases hechas que tiranizan más de lo conveniente es la que cataloga la posición de los que se interesan en la cosa pública, en posición de derecha, de izquierda y de centro, con sus respectivas variedades, por ejemplo el ultraderechismo, el ultraizquierdismo, etc. En el campo de los conceptos políticosociales se alude comúnmente al hablar de derechas a aquellas tendencias que mantienen la tradición en materia religiosa, política y social, una máscara del mantenimiento de privilegios heredados, y afirman que no hay razón para innovar, que las cosas, según ellos, están bien como están. Aplicada esa actitud a cosas de orden práctico, tiene manifestaciones grotescas como esta: cuando se discutía, todavía a fines del siglo XVIII, la canalización del Tajo, para comunicar a Madrid por vía fluvial con el Atlántico a través de Portugal, se opusieron los teólogos de la santa madre Iglesia argumentando que el río estaba bien como estaba, pues si Dios hubiese querido otra cosa, con un solo gesto de su omnimoda voluntad, lo habría hecho nevagable.

Se llama izquierda a la tendencia o serie de tendencias que pugnan por una transformación más o menos insurreccional de lo estatuido, por una transformación radical de la estructura social y política, por un cambio total de hombres y a veces de instituciones.

El centro sería aquella posición equidistante de los extremos anteriores, la de los que nadan entre los dogmas del estancamiento de los unos y los impulsos subversivos de los otros y propician, teóricamente, la evolución legal y pacífica, sin estridencias ni sobresaltos, paso a paso, ordenadamente.

Todo eso en teoría, como definición general; en los hechos de cada día, no siempre los del centro son verdaderamente centro ni los de la izquierda son portavoces y heraldos de la revolución y del método revolucionario.

¿A qué sector pertenecemos nosotros, qué posición corresponde al socialismo libertario? ¿Somos insurreccionalistas o evolucionistas, o ambas cosas a la vez? Es preciso esforzarnos por saber cuál es nuestro puesto en el conglomerado social y político en que vivimos inconformes y en el cual aspiramos a una transformación de fondo. No es raro que la prensa incapaz de hacer distinciones y discriminaciones nos tache de izquierdistas, y quizás algunos de nosotros puedan considerarse en esa geometría política como situados a la izquierda.

Sin embargo, en razón de nuestro pasado entero y como uno de los

movimientos políticosociales más antiguos de la historia moderna y el que ha mantenido más sólidamente su coherencia dentro de su gran variedad, tenemos que intentar un esclarecimiento de la posición que ocupamos. . . Se puede revisar todo lo que venimos diciendo en la prensa, en el libro, en el opúsculo de propaganda desde hace un siglo largo y se advertirá que, por ejemplo, en lo que se refiere a la actitud ante el aparato estatal, ante el mecanismo gubernativo, ante el dogma de la autoridad, no hemos tenido ni la sombra de un desfallecimiento o de una desviación. Jamás ha surgido en el seno de nuestra heroica y sufrida militancia la idea de suplantar una tiranía por otra, la ambición de luchar por la obtención de privilegios particulares y exclusivos.

Habremos cometido errores humanos y comprensibles, errores pasajeros; pero en la esencia de nuestra ambición fundamental no entró jamás la idea de establecer un nuevo régimen económico y social por medio de la tiranía, de la dictadura, del terror policiaco, aunque la policía fuese nuestra; del rigor de la ley, aunque la aplicasen nuestros jueces.

¿Estamos, pues, en la izquierda? De izquierdistas tachan o se tachan ellos mismos, por ejemplo, sectores de opinión y partidos que pretenden la transformación social mediante la conquista total del poder en nombre y bajo la inspiración de los llamados partidos comunistas y afines para decretar desde los altos puestos de mando una serie de reformas económicas, políticas y sociales que también nosotros deseamos, pero por medios diametralmente opuestos.

Si hay un concepto de la revolución y de la acción social que nos repugne y que la experiencia haya demostrado que debe repugnarnos, es el concepto y son los medios que propician esos partidos e individuos que se califican de izquierdas, de izquierdistas. Si los comunistas, por mencionar a uno de los grupos arquetipos de la constelación política, están a la izquierda, nosotros nos consideramos justamente en el otro polo y nos vamos al otro polo, a la extrema derecha. Pero en esa extrema derecha nos encontramos con los llamados derechistas, con los ultraderechistas, nacionalistas, totalitarios, y con ellos no podemos ni queremos tener ninguna comunidad, porque inscriben en su programa un orden de cosas totalmente en oposición al que nosotros deseamos para una humanidad libre y feliz. Los métodos para lograr sus objetivos, lo mismo en la izquierda que en la derecha, pueden ser legalitarios o insurreccionalistas, pero los métodos por sí solos no pueden determinar nuestra adhesión a los unos ni a los otros.

Por eso, respecto de la derecha, de los derechistas y los ultraderechistas, legalitarios o insurreccionalistas y golpistas, como se dice ahora, en donde se suelen agrupar habitualmente las fuerzas de la reacción fascista, nazi, totalitaria, clerical, falangista, etc., nos consideramos en oposición irreductible e irreconciliable y algo así como en el otro polo; pero si en el otro polo tropezamos con los comunistas y filocomunistas de toda laya, abiertos o encubiertos, francos o vergonzantes, que prohijan la dictadura de su revolución, hasta en nombre de la fraseología democrática, tampoco allí tenemos ni queremos ubicación. ¿Estará, quizá nuestra posición en el centro, entre los centristas, moderados, evolucionistas, legalitarios?

Ahora bien, si nos repugna el método de la dictadura revolucionaria

para cambiar el orden social de cosas, no sólo por el hecho de la dictadura en sí, sino porque no puede lograr ni ha logrado nunca más que la supresión de una clase privilegiada sustituyéndola por otra, la supresión de una tiranía para poner en su lugar otra que no será mejor, y si por otro lado no nos repugna menos el espíritu regresivo de los que se sitúan en la llamada derecha y en el ultraderechismo, no por eso nos es más grato y no nos sentimos más satisfechos con los llamados hombres y partidos de orden, creyentes en la legalidad, en la bondad del orden establecido que ocupan lo que se llama habitualmente el centro, cuyas mentiras permanentes ocultan intereses subalternos inadmisibles, de clase, de casta o de sector dominante.

¿Dónde estamos? ¿A qué punto cardinal de esa geometría política pertenecemos? Intimamente tenemos la convicción de que no pertenecemos a la izquierda, a la derecha ni al centro. Y sin embargo somos profundamente políticos, en el sentido etimológico de la palabra, inquietos como pocos por la cosa de la polis, de la ciudad, de la cosa pública, del pueblo, de la humanidad, y no podemos ignorar que en algún lado debe estar el punto de apoyo para aplicar nuestra palanca a fin de ejercer una acción y dar un impulso en la dirección de nuestro norte, de nuestra orientación: la libertad del hombre, la justicia, la dignidad.

¿Es que no estamos en la derecha, en la izquierda o en el centro por inadaptación substancial, por oposicionismo sistemático? Nos creemos los más sociales, los más comprensivos, los más tolerantes de todos los sectores políticosociales de opinión. No rechazamos el método de la acción insurreccional, no rechazamos tampoco la evolución de las instituciones, de las costumbres, de la moral. Debe haber, pues, razones muy hondas para que no nos sea posible tener la compañía que se nos ofrece con la tiranía de las frases hechas, de las consignas, de los adjetivos consagrados. Y efectivamente las hay, y es en esas razones en las que queremos reflexionar para que el punto de apoyo de nuestra palanca sea el más sólido y ajustado posible.

Por lo pronto, lo que podemos decir es que no nos catalogamos ni queremos dejarnos catalogar en las tres tendencias u orientaciones políticasociales básicas mencionadas; que estamos tan lejos de la una como de la otra y, sin embargo, no queremos quedar solos, permanecer eremíticamente en el desierto, aislarnos del mundo y de sus problemas, sino intervenir en la cosa pública, en el fomento de la causa común del bienestar y de la libertad para todos, con todo el calor, con toda la pasión y con toda la vocación de que somos capaces, como lo hemos demostrado en el transcurso de nuestra larga y dolorosa historia.

Ninguna tarea constructiva y creadora en beneficio de la humanidad, en apoyo de toda noble causa debe quedar privada de nuestro apoyo, grande o pequeño.

REVOLUCION PARA LA TOLERANCIA Y LA LIBERTAD

Nos decimos revolucionarios y tenemos la convicción íntima de serlo; pero muchos otros sectores se llaman también revolucionarios y hablan

de revolución y, sin embargo, según nuestro modo de ver, esa palabra encierra contenidos que pueden ser afines, pero pueden ser también contrapuestos.

Lo mismo que no se puede asignar ya a las palabras derechas, izquierdas y centro, en política, un valor definitorio, hemos llegado al punto en que no podemos asegurar con los ojos cerrados que cualquier revolución es un progreso social, algo que los pueblos deben desear a toda costa, aun al más alto costo de lágrimas y de sangre; hay revoluciones que nos retrotraen a épocas pasadas de tiranía y que las superan en descaro y crueldad; hay revoluciones de las que tenemos que ser adversarios irreductibles, porque bajo su manto nos traen males que creíamos superados para siempre y que deshumanizan y esclavizan hasta en nombre de las ideas y de las fórmulas más generosas.

Sobra ya experiencia para poder decir en alta voz que toda revolución que pretende imponer el paraíso terrestre que promete en su programa mediante decretos y dictaduras, aunque éstas quieran ser transitorias, no es una revolución libertadora, sino una verdadera contrarrevolución con todas las consecuencias y alcances de la contrarrevolución.

No somos enemigos de la acción de fuerza para allanar circunstancialmente el camino progresivo a la humanidad; desgraciadamente la fuerza, la violencia, fue y sigue siendo necesaria ante obstáculos insensibles a toda apelación a la razón y a la justicia; pero esa fuerza, esa violencia aplicada en circunstancias determinadas, no es la revolución; la revolución es la que realizan los pueblos en sus costumbres, en sus hábitos, en su articulación económica y social, en su moral. Si la violencia empleada para desbrozar el camino de obstáculos insalvables de otro modo, se ha de aplicar luego a estructurar el nuevo poder para realizar desde allí lo que la minoría triunfante cree el mejor programa, se habrá alterado la composición de los estratos dominantes en el Estado y en la economía, pero no se habrá hecho ninguna revolución libertadora.

Que se nos deje hablar desde el ángulo de lo español, de donde procedemos, y cuyo movimiento social nos es tan caro que hasta nos vamos adaptando a vivir sólo de su recuerdo.

Desde hace casi un siglo, el movimiento obrero español, y singularmente el movimiento federalista, antiautoritario, autonomista, libertario de los trabajadores de la industria y de la tierra, a pesar de sus altibajos, fluctuaciones, crisis, ha mantenido una fidelidad inquebrantable al espíritu liberal, libertador y justiciero de una revolución social jamás olvidada como aspiración suprema. En esa línea recta, jamás entró la tentación de establecer un nuevo régimen económico y social por medio de la tiranía, de la dictadura, del terror policiaco, de las ejecuciones, de los paredones, del rigor de la ley, aunque la dictásemos nosotros y fuesen nuestros los agentes policiales, los jueces y los verdugos.

Un día de julio de 1936, después de un par de jornadas sangrientas, en lucha desigual contra las tropas de un ejército sublevado, tuvimos la satisfacción en Cataluña de ver deshechas los cuadros que defendían con todas las armas una causa de injusticia y de vergüenza. Tuvimos pérdidas muy sensibles, algunas irreemplazables. Pero logramos oplatir el alzamiento militar, tomar prisioneros a sus jefes, destrozar sus formaciones; las grandes masas se plegaron entusiastas a los vencedores,

y los vencedores éramos nosotros. A los sobrevivientes se nos llamó a la casa de gobierno y su más alta autoridad, mientras nos felicitaba efusivamente por la victoria lograda, nos expresó que el poder había cambiado de manos y que estaba en las nuestras, por lo que consideraba que debía cedernos el puesto que ocupaba; por su parte, el estadista que así nos hablaba, se contentaba con que se le dejase empuñar un fusil para ir a luchar contra el fascismo donde hiciese falta.

No habría requerido ninguna violencia la implantación de nuestra dictadura; teníamos las armas, arrancadas al enemigo, teníamos la adhesión clamorosa del pueblo, teníamos la aureola de vencedores contra un adversario que parecía invencible unas horas antes; no quedaban más fuerzas organizadas que nuestros núcleos de combatientes.

A ninguno de nosotros se le ocurrió la idea de tomar el poder que se nos ofrecía rendido y se nos ponía en la mano. Respondimos al jefe del gobierno que no habíamos luchado y expuesto la vida para ponernos en lugar de los antiguos gobernantes; la victoria en la lucha armada no era la revolución; la revolución es cosa del pueblo y él hará lo que juzgue conveniente para sus intereses y según sus deseos; por otra parte, el enemigo derrotado en algunas partes de España no cedería en el resto y era de prever una larga y sangrienta guerra civil, y nuestro puesto estaba en esa guerra, de la que dependía para nuestro pueblo la posibilidad de realizar la revolución.

Por esa actitud se nos ha censurado, se nos ha combatido, se nos ha tachado de soñadores. Y no hace falta decir que, en las mismas circunstancias, volveríamos a proceder del mismo modo.

En más de un período se nos habrá podido acusar de encerrarnos en nosotros mismos, de mirar con exceso hacia el propio huerto, haciendo abstracción del hecho importante que fuera del coto quedan grandes masas populares susceptibles de llegar a sentir y a pensar como nosotros y que son también capaces de tener sus iniciativas por caminos y con tácticas distintas. Combatidos ferozmente, perseguidos y denigrados, por enemigos próximos y lejanos, en más de una ocasión hubo que mantener el fuego sagrado en la clandestinidad; pero siempre hemos conservado intacta nuestra preciosa herencia de ideas y de experiencias; orgullosos de haberla recibido de los que nos precedieron en la lucha, no estamos menos orgullosos de transmitirla a los que nos sucedan mañana en la misma brega por un mundo mejor.

En la crisis mundial que estamos viviendo, emerge como una esperanza suprema una nueva estructura económica y social sobre la base del trabajo, del trabajo manual y técnico, administrativo y científico, ideal al que no podemos renunciar a ningún precio y que además se abre camino por imperio de las circunstancias mismas de la época.

Conscientes de que un proceso revolucionario es un fenómeno complejo y casi nunca global, definitivo, reclamamos para aquellos que no piensen como nosotros, mayoría o minoría, la libertad de ensayo y de experimentación, la misma libertad que reivindicamos para seguir nosotros por nuestro camino, sin romper por ello la solidaridad humana, económica y social. Esa libertad con solidaridad y con justicia es nuestro mensaje de ayer, nuestra invocación de hoy, nuestro legado para mañana.

El mito de los "recursos ilimitados" de la ciencia y la tecnología *

por **Bosco Nedelcovic**

Mi propósito no es poner en duda las grandes posibilidades de la ciencia y la tecnología moderna, para incrementar enormemente nuestras fuentes de sustento; sólo quiero recalcar el hecho por demás obvio de que todas esas posibilidades —muchas de las cuales son aún "teóricas"— tienen necesariamente un límite, determinado no solamente por fríos hechos físicos sino, más aún, por factores económicos; es decir, por las inversiones —muchas veces astronómicas— que se necesitaría para llevar a la realidad y aprovechar estas posibilidades teóricas.

Vivimos en una época de vertiginoso progreso tecnológico que ha hecho desbordar la imaginación de los hombres. Indudablemente la imaginación es uno de los recursos más fecundos del género humano... pero su lado negativo comienza a manifestarse cuando la misma, desligada de toda realidad, comienza a dar pábulo a creencias o mitos que sólo perjudican el normal desarrollo del hombre o ponen directamente en peligro su existencia. Hoy estamos asistiendo, en lo que se refiere al crecimiento de la población, a uno de esos mitos peligrosos. Se nos dice que la ciencia moderna es capaz de hacer casi cualquier milagro para alimentar, vestir y proporcionar un nivel de vida decente a un número infinitamente mayor de seres humanos; hemos llegado a creer casi como un dogma, que el futuro nos traerá con auténtica seguridad productos sintéticos ilimitados, energía atómica casi gratis, riquezas sacadas de los océanos en cantidades muy superiores a cualquier necesidad humana... y cuántas cosas más.

Es posible que en gran parte estos pronósticos felices se cumplan con el tiempo; la cuestión es cuándo y a qué costo, o sea si la humanidad estará en condiciones de hacer frente a las enormes inversiones que se requerirían para "cultivar los océanos" o emprender cualquier otra explotación en una vasta escala.

Mientras tanto, la dura y triste realidad es que el género humano sigue dependiendo cada vez más de unos pocos modestos y tradicionales recursos de la naturaleza que están siendo, más que consumidos, derrochados a un ritmo vertiginoso. La tierra cultivable está sufriendo los efectos de esta explotación desesperada e irracional. Los bosques, que representan un elemento no menos vital para la conservación del suelo y del clima, van desapareciendo ominosamente en todo el mundo para convertirse en millones de toneladas de papel —que derrocha sin contemplaciones una civilización basada en la publicidad y la burocracia— o en mil otros productos diferentes, sin excluir la simple y abominable quema de bosques como leña o para abrir nuevas extensiones al cultivo. El agua misma —agua dulce, subterránea— está mermando en todas partes por el exceso de consumo o la alteración del ciclo natural de las lluvias, consecuencia en su mayor parte de la acción destructiva del hom-

* Este trabajo pertenece a un interesante estudio, aún inédito, que lleva por título: **Una necesidad impostergable: El control de la natalidad.**

bre. En los Estados Unidos, por ejemplo, el nivel de aguas subterráneas —según lo atestigua la profundidad de los pozos artesianos perforados en ese país— ha descendido más de 40 metros en lo que va de este siglo. En extensas zonas costeras de Texas y California, hasta muchos kilómetros tierra adentro, empieza a notarse la infiltración de agua salada que invade los depósitos primitivos y sobre-explotados de agua dulce subterránea. Crecientes ciudades e industrias en todo el mundo comienzan a sentirse estranguladas por la necesidad desesperante de un elemento tan simple y al parecer tan abundante como el agua... pero mientras seguimos esperando portentosos procesos para convertir ilimitadas cantidades de agua de mar en agua dulce, todavía bebemos ésta última de las fuentes naturales que ni siquiera nos preocupamos de cuidar.

O bien, examinemos el petróleo como fuente de energía. En la corta vida de nuestra civilización motorizada, el asunto petróleo ha dado lugar a muchos y dispares vaticinios. Indudablemente, muchas de las predicciones pesimistas de algunas décadas atrás —sobre el pronto agotamiento del precioso combustible— han resultado equivocadas; las grandes compañías internacionales y los gobiernos de todo el mundo han hecho inmensos esfuerzos para descubrir nuevos yacimientos, y momentáneamente hay incluso una superproducción de petróleo en los mercados mundiales... Sin embargo, el consumo está aumentando rápidamente, en particular a medida que se industrializan las naciones atrasadas. El petróleo no es de ninguna manera eterno, y esto lo reconoce todo el mundo; pero nuestra generación lo derrocha con una displicencia rayana en irresponsabilidad, dando por seguro el advenimiento de la energía atómica —barata, práctica e ilimitada— como sustituto del petróleo a corto plazo.

En realidad, todavía no sabemos a ciencia cierta si la energía atómica llegará a ser tan práctica y tan exenta de peligros como para abastecer sin riesgo ni problemas a toda la humanidad por los siglos de los siglos. Indudablemente la energía atómica es uno de los fuegos más formidables que han encendido jamás la imaginación de los hombres; sin embargo, es un fuego terriblemente peligroso a la vez, no solamente como instrumento de guerra sino precisamente en sus aplicaciones pacíficas. Los procesos atómicos implican inevitablemente la acumulación de grandes desechos radiactivos que constituyen en la actualidad el problema número uno para la aplicación de tales procesos en gran escala. Si las pocas instalaciones atómicas ahora en uso, y las escasas explosiones atómicas efectuadas hasta la fecha por las grandes potencias, han conseguido aumentar en forma perceptible el nivel de radiactividad sobre el globo, piénsese lo que sería una vasta cadena de fábricas o usinas nucleares que abarcora a todo el mundo. La energía atómica no es, pues, "uno más" de los tantos problemas y peligros que ha tenido que aceptar la humanidad hasta ahora en aras del progreso, como los humos, desechos o tóxicos de las industrias comunes que siguen contaminando en medida creciente el aire y las aguas que nos sustentan. No: los desechos radiactivos son algo bien distinto e infinitamente más peligroso que los tóxicos actuales, precisamente porque entrañan peligros biológicos de largo alcance que ni siquiera han sido bien estudiados todavía. Quienes se dejan llevar por las promesas "atómicas" de la actualidad, aceptan implícitamente la idea de vivir en un mundo en que todo lo vivo y lo humano corre el peligro de desaparecer.

Y así llegamos a la conclusión inevitable: si este problema ya se plantea a la humanidad actual, si ya se vislumbra la posibilidad o la necesidad imperiosa de cambiar todo nuestro sistema de vida en un futuro muy próximo para ajustarse a las realidades y recursos físicos del mundo en que vivimos ¿qué proyecciones tremendas adquirirá este problema si la humanidad sigue creciendo al ritmo en que lo hace actualmente? ¿Es posible que seamos tan ciegos como para no darnos cuenta de hechos y situaciones tan elementales que no admiten duda ni postergación?

"La necesidad, madre de los inventos"

Séame permitido recalcar una vez más que, lejos de poner en duda la inventiva del hombre y los recursos de la ciencia y la tecnología, estoy seguro que todavía nos falta presenciar algunos de los descubrimientos más maravillosos y benéficos para el género humano; lo único que trato de analizar es el alcance y sentido que hemos de dar a estos adelantos, es decir, hasta qué punto la humanidad puede esperar de aprovecharlos.

No cabe duda que en un futuro próximo asistiremos a una explotación mucho más intensa y científica de los océanos, no sólo como fuente de alimentación (pesca, algas marinas, etc.), sino de infinidad de otros productos químicos y minerales. La intensidad de esta explotación dependerá sin embargo —más que de la inventiva humana— de la magnitud de las instalaciones y equipos que podamos construir para "abarcar" los océanos. Ciertamente hay incontables millones de toneladas de los más diversos elementos, disueltos en el agua de mar; pero con la excepción de unos pocos como la sal, el boro y el magnesio, todos los demás elementos están contenidos en proporciones tan ínfimas que se necesitaría, literalmente, bombear millones de kilómetros cúbicos de agua marina para "destilar" de ellos los productos de interés para la humanidad. Vemos pues, una vez más, que aunque existan inmensos recursos "latentes" alrededor, nuestra capacidad de explotarlos está inexorablemente limitada por la accesibilidad —es decir, por factores económicos a los que está sujeta incluso una sociedad desesperada para sobrevivir.

Tampoco cabe duda de que los llamados "cultivos químicos" pueden, teóricamente, multiplicar cientos de veces la producción de alimentos de una determinada extensión de tierra. Con la hidroponía por ejemplo, es decir con el cultivo de plantas en soluciones químicas —sin tierra— se han conseguido resultados notables: el ejército norteamericano (para referirnos siempre a este país que lleva la delantera en la aplicación de nuevas técnicas) utiliza varias "granjas hidropónicas" de pocas hectáreas de extensión, ubicadas en distintos puntos del globo, que abastecen de verduras frescas a miles de soldados durante todo el año. En experimentos de laboratorio se han conseguido rendimientos impresionantes de tomates y otros cultivos, que han dado pábulo a toda suerte de "cálculos optimistas" por parte de los defensores de la natalidad ilimitada, de la misma manera que los cálculos referentes a la densidad demográfica. Rendimientos de laboratorio han sido traducidos en posibilidades prácticas y proyectados en escala mundial para "demostrar" que obteniendo cientos de toneladas de alimentos por hectárea, sería factible alimentar a miles de millones de almas sin dificultad.

No hace falta ser un especialista para darse cuenta de la falacia o deliberada alevosía de esta clase de cálculos; basta un poco de sano

juicio para comprender que los extraordinarios rendimientos "experimentales" a que nos referimos han sido conseguidos en superficies mínimas, dentro de laboratorios especiales, controlando rigurosamente la temperatura y la humedad del ambiente, la cantidad y composición de los productos químicos con que se alimentaban las plantas, la proporción de anhídrido carbónico en el aire, hasta la cantidad y composición especial de la luz que recibían. . . ¿Podemos pensar en aplicar estas experiencias en vasta escala, y cubrir los miles de kilómetros cuadrados que se precisarían, aun con tamaños rendimientos astronómicos, para alimentar a toda la humanidad?

Mucho más interesante que la hidroponía —desde el punto de vista práctico— es la posibilidad de reproducir en el laboratorio el proceso natural mediante el cual las plantas verdes forman sus tejidos a partir del agua, el aire y la luz solar. Esta es la famosa "fotosíntesis" en cuyo descubrimiento trabajan asiduamente distintos laboratorios en el mundo, y que —una vez conquistada— permitiría a la humanidad "sintetizar" artificialmente sus alimentos, fibras y mil otros productos químicos que hoy obtenemos sólo de los vegetales o animales. Prescindiendo también en este caso del factor "tiempo", pues no sabemos cuándo la fotosíntesis será una realidad, y del factor "costo" de las respectivas instalaciones —que desconocemos— podemos no obstante esperar la relativa seguridad que en un tiempo no muy lejano vamos a contar con un medio mucho más interesante e inofensivo que la energía atómica, para obtener cantidades enormes de alimentos y otros productos sintéticos y asegurar un relativo desahogo al género humano. . . hasta cierto punto.

Pero aun en ese caso feliz, volvemos a plantearnos la cuestión fundamental de los "valores" frente a las "cantidades". El hecho de que un día tengamos medios para abastecer a un número mucho mayor de personas sobre la tierra, no constituye ningún motivo para que vivamos en pos de ese número. No hay ninguna razón lógica —natural, ética ni filosófica— que nos oblige a aumentar cada vez más el número de individuos en el mundo, salvo el dudoso drama bíblico de "creced y multiplicaos" . . . sin objeto alguno. Por el contrario, precisamente los portentosos medios futuros que esperamos dominar, nos inducen a desear una población estacionaria, que nos permita realizar el ideal de una vida tranquila y feliz, dedicando mucho más tiempo al solaz espiritual, a la educación, la cultura, la salud física y la recreación del hombre —en una palabra, a los verdaderos placeres de la vida— que a la embrutecedora obsesión de "producir" cada vez más y más.

Hay quienes afirman que con una población estacionaria también el "progreso" se estancaría. Depende a qué clase de progreso se refieren estas personas. En un mundo futuro y de población estable, ciertamente el progreso material sería menos frenético, más pausado que ahora, más orientado hacia las cosas verdaderamente útiles y necesarias de la vida.

Por otra parte, no es necesario esperar el advenimiento de ningún descubrimiento trascendental ni mucho menos una catástrofe global para iniciar este cambio en nuestra actitud; el mismo puede empezar en seguida, evaluando honradamente las metas y pronósticos de la vida humana. Qué es lo que pretendemos: ¿convertirnos en máquinas o piezas de máquinas, con el único objetivo de "producir" y "multiplicarse" sin fin ni

sentido... o, por el contrario, vivir como la gente y valorar la vida en un plano cada vez más amplio?

Parece mentira que tantas personas que hoy disparatan sobre los "valores humanos" se contradigan tan lamentablemente cuando se entra a discutir la limitación de la natalidad, requisito "sine qua non" para poder cultivar estos valores debidamente.

La obsesión final: migraciones siderales

Temo recargar este capítulo o caer en redundancias si me extiendo sobre el tema; sin embargo, como se trata de un tema que subyuga hoy la imaginación popular y se halla estrechamente vinculado a las cacareadas "posibilidades científicas" para resolver el problema de la superpoblación, voy a ocuparme brevemente de esa monstruosa "posibilidad" de emigrar de la tierra para colonizar otros mundos...

Retengamos por un momento la indignación para señalar las dos lagunas fundamentales de esta ilusión: primero, el costo "astronómico" de los viajes siderales; y segundo, el medio estéril, o casi estéril, que se ofrece a la vida en los mundos cercanos cuya "colonización" se contempla.

Por otra parte, ¿qué condiciones para la vida se ofrece en los otros mundos cercanos sobre los cuales el hombre pronto pondrá su pie? ¿La luna, un satélite frío y estéril, sin atmósfera, completamente sin vida; Marte, dos veces más lejos del sol que la tierra, con una temperatura media poco mayor de cero grados sobre el ecuador, prácticamente congelado y "muerto" hace billones de años, aunque haya sustentado vida alguna vez...? ¿Y los otros planetas? De lo que nos indican nuestros conocimientos de astronomía, ¿puede decirse que hay vida en la atmósfera amoniacal de Júpiter, bajo los miles de atmósferas de presión de alguno de los planetas mayores, o en las nubes de vapor que todavía envuelven a Venus, probablemente en las primeras etapas de la evolución por la que atravesó en su época la Tierra?

En una palabra: la próxima realidad de los viajes interplanetarios, impulsada primordialmente por las necesidades bélicas de las grandes potencias, ha provocado demasiado pronto un desborde de la imaginación popular, sin límite ni fundamento real. La mayor parte de la humanidad se halla hoy día tan ignorante de los "otros mundos" que pretende conquistar, como se hallaba Europa antes del descubrimiento de América; y por consiguiente, es una presa igualmente fácil de toda clase de mitos y fábulas, que si bien no se refieren esta vez a gigantes y dragones alados, son tan infantiles como aquellas.

Lo que impide analizar serenamente los hechos y divisar la solución lógica, no es la dificultad ni mucho menos la imposibilidad de detener el crecimiento de la población humana. Los medios que se requieren para conseguirlo son ínfimos en comparación a los que demandaría sustentar una población creciente, y el tiempo necesario para alcanzar el equilibrio —a lo sumo— una generación. Lo que nos impide poner en práctica ahora mismo un programa efectivo de limitación de la natalidad es, simplemente un dogma: el dogma de que la población "tiene" que dejarse crecer sin limitaciones, por "ley de Dios y de la naturaleza"... Espere-mos que la avalancha de los acontecimientos que se precipitan en lo que queda de este siglo, eche por tierra este dogma como ha sucedido con otros en el pasado.

El dilema Este - Oeste

por Luce Fabbri

A mi juicio, se trata de un falso dilema, del cual no podremos liberarnos sino tomándola como punto de partida de la discusión.

Hay ideas falsas que en sí son realidades históricas. Una visión desenfocada pero común y difundida de la realidad, es **un hecho** que debe ser tenido en cuenta, por cuanto forma parte del proceso del desarrollo de la realidad misma. La mayor parte de las frases efectistas, de los slogans, de los dilemas, pertenecen a este tipo de hechos. La "libertad" de Bruto y Cassio, el "Dues vult" de las Cruzadas, el "Hitler o Blum" o el "Roma o Moscú" (dilemas diferentes en apariencia pero instrumentalmente idénticos con que se inició la segunda guerra mundial), el "renunciar a todo menos a la victoria" a que se redujo la victoriosa revolución española una vez perdida la guerra, y ahora el amenazador "Este-Oeste" al que no se sustraen ni siquiera las "terceras fuerzas", precisamente por que se llaman "terceras", deben ser analizados y discutidos como palabras-fuerza, en relación con los ideales y las necesidades de las multitudes y de los intereses políticos y económicos de diversas minorías.

El precedente histórico más directo del **Este-Oeste** es sin duda el **Roma o Moscú** recordado más arriba, cuya herencia poco envidiable se dejó imponer dócilmente el Oeste por el Este. Y la mitad del dilema que le tocó es naturalmente el de Roma. "Fascistas" les dicen los "orientales" a los "occidentales"; "totalitarios" les gritan éstos a aquéllos. Toda la historia va relatada entre comillas, porque es una historia de palabras disfrazadas. En efecto, se puede muy bien sostener lo contrario y decir que, desaparecida Roma (como símbolo utilizable en el dilema) o su variante Berlín, su función dialéctica pasa a ser desemeñada propiamente por Moscú, si se admite que la esencia del eje Roma-Berlín fue el totalitarismo, es decir, el poder total del gobierno (para no adoptar la palabra Estado, tan ambigua).

El hecho de que la derrota de Hitler en un plano mundial haya determinado el derrumbe del mito afín de Stalin, primero en el plano ruso, después en el plano más extendido y diluido de los países satélites, y finalmente en el plano internacional pero restringido al ámbito semi-conspirativo de los partidos comunistas, significa también algo. El aplastamiento de la revolución húngara ha venido a probarnos la superficialidad del cambio, es decir su carácter de simple contragolpe en un terreno análogo.

Por otra parte, totalitarismo es palabra creada por el fascismo para definirse a sí mismo. Los contendientes se echan en cara, pues, el mismo insulto. Algo parecido sucede con el otro dilema, derecha o izquierda, cuya peligrosa ambigüedad creo haber demostrado en otra ocasión (en el folleto "El anticomunismo, el antiimperialismo y la paz")¹. Resulta odioso citarse a uno mismo; mucho más odioso es repetirse. Remito entonces, no sin cierto disgusto, a los lectores a ese trabajo mío de varios años atrás, agregando hoy alguna palabra a propósito de la formulación **Este-Oeste**.

Ante todo el dilema en sí es peligroso, por cuanto el uso simbólico de los dos puntos cardinales confunde las ideas. El mismo no corresponde, en efecto, a su traducción corriente: **Rusia-Estados Unidos**. El Este comprende a muchos países afroasiáticos y el Oeste al occidente europeo y la América latina. Pero el Este tiene además a todos los partidos comunistas del mundo y el Oeste... el Oeste es un pot-pourri incoherente en el cual figuran Franco y las cooperativas suecas.

Aceptar el dilema significa confundir el colonialismo con el imperalismo económico, la independencia nacional con la libertad política, etc. Debemos rebelarnos contra las falsas simplificaciones del lenguaje y llevar en cambio, a través de la comprensión, un poco de sencillez y claridad a las cosas y, sobre todo, a las relaciones entre los seres humanos.

Observando la realidad sin los lentes del **out-out**, veremos la decadencia de la libre empresa en los países de alta industrialización que la opinión pública ubica en el Oeste, y veremos que no existe socialismo en el Este. En ambos lados tenemos una convergencia hacia el capitalismo de Estado y el dominio de la burocracia. La lucha no es entre sistemas (que sólo son banderas) sino entre grupos internacionales afines en sustancia y tendencias que se disputan el poder, tratando de atraerse los varios nacionalismos y racismos para sacar provecho.

El verdadero dilema, pues, es siempre **autoridad** (no importa si política, económica, religiosa) o **libertad**; el verdadero fin, la independencia del ser humano, de los seres humanos asociados, frente a todos los posibles patrones del alma y del cuerpo.

"Elegir" entre el Este y el Oeste significa admitir la eventualidad de una guerra, que tornaría materialmente inútil la elección por la destrucción recíproca de los adversarios, o por lo menos la tornaría inútil lógicamente, porque borraría las diferencias ambiguas. Por el momento la "guerra fría" se lleva a cabo con golpes de progreso científico, a los que se agregarán —se espera— aquellos progresos técnico-económicos destinados a conducir a la crisis definitiva a la buro-plutocracia (crisis que la buro-autocracia ya superó en parte con su totalitarismo, en sentido para nosotros negativo).

Si no se está por la guerra, ¿por qué elegir? Quizá para contestar a la pregunta, no muy peregrina: ¿Dónde me gustaría vivir?, respondería: Donde se reconoce a los ciudadanos el derecho a la palabra, a la prensa, a la asociación, a la huelga, sin lo cual ningún mejoramiento es posible en el terreno social, o se pierde al primer choque si se recibe de lo alto. Esta sería la elección —legítima— del mal menor, la elección de un terreno de lucha en el cual se puedan defender a cara descubierta los valores que nos son queridos, el socialismo y la libertad, sin conspiraciones y sin la ineluctabilidad de la violencia que estrangula al menor signo de acción en un país totalitario.

Pero nadie nos exige tal elección y son bien pocos entre nosotros los que pueden permitírsela materialmente. El nacimiento y las necesidades de la vida generalmente nos fijan en un país y éste se vuelve el teatro de nuestra lucha, que siendo lucha por la libertad debe tener en cuenta la tradición local y propender a la liberación y coordinación de los organismos básicos de origen espontáneo y a crear otros nuevos, proponiéndolos a través de la experimentación, y nunca imponiéndolos.

Entonces, si en general estamos de acuerdo en pensar que no podemos ni debemos tomar como modelo la obra de ningún gobierno, pertenezca éste a cualquiera de los puntos cardinales, ¿en qué consiste la elección? Creo que, en el fondo, el deseo de tomar posición frente al dilema obedece a la necesidad de decidir qué postura hay que adoptar frente al partido comunista en los países del "Oeste" y frente a los viejos liberales socialdemócratas sobrevivientes (¡ojalá queden!), y a la juventud descontenta en los países del "Este", que es como decir frente a las dos "quintas columnas" de una eventual guerra caliente que muy probablemente tornaría inútil y también imposible la ulterior edición de todos los manuales de historia.

Este sí es un problema serio, concreto, actual. Pero es ciertamente un problema que no se plantea en los mismos términos en todas partes. En los países con partido único hay algo muy elemental que une provisoriamente a todos aquellos que no pertenecen o no quieren pertenecer a ese partido, sea éste el partido comunista húngaro o el yugoslavo. Y en los países llamados capitalistas, especialmente en los de mayor pobreza y menor cultura (que es sobre todo menor capacidad para dar a la palabra su exacto significado y por consiguiente de comprender) no se pueden ignorar las masas desheredadas que gravitan sobre los partidos comunistas y constituyen al mismo tiempo la única esperanza para una efectiva lucha antitotalitaria para mañana (como demostraron los obreros de Csepel en Hungría, en parte veteranos de la lucha clandestina contra Horthy, en parte crecidos en el nuevo clima, pero todos comunistas y todos rebeldes contra el gobierno "satélite"). Deber nuestro específico es distinguir y hacer distinguir las masas de sus jefes y de los aparatos que las encuadran y ponen un uniforme. Entre las masas y los jefes nuestra elección está hecha desde siempre.

A estas masas (como, por otra parte, a las democristianas o, en la Argentina, a la peronista) para que dejen de bloquear los caminos de la historia de mañana, es necesario decirles la verdad —la que para nosotros es la verdad— sin tácticas ni oportunismos. Sólo quien no ambiciona el poder puede hacerlo, siempre; no tiene necesidad de alianzas estratégicas, pero está cerca de todos los seres humanos que combaten de buena fe su batalla por una mayor justicia y una libertad, en el **Este** y en el **Oeste**.

Ayer España; hoy Cuba *

por José Viadiú

En nuestros medios se ha notado cierta perplejidad en abordar este tema. Creemos interpretar el sentir general al decir que no se trata de inhibición y menos de indiferencia acerca del porvenir del pueblo cubano, si no del temor a hacer el juego a esa cosa tramposa y sucia que se llama comunismo. Ello tiene su raíz en cuanto ocurrió en España en aquellos días venturosos y aciagos a la vez, que van desde aquel glorioso 19 de julio de 1936 hasta el fin de la epopeya guerrera, en los principios de 1939.

La cosa fue más o menos así. Las multitudes que se lanzaron a la calle y que a fuerza de valor lograron detener en varias capitales y poblaciones el avance de la reacción clérigo-militaresca, una vez vencido el enemigo, el pueblo, no el gobierno, empezó a realizar sus objetivos sociales: repartió las tierras de los ricos, los templos católicos fueron utilizados como almacenes, se crearon las milicias populares, se socializaron todos los elementos de trabajo y la vida de la economía y de la producción se encauzó hacia una concepción libertaria. Puede decirse que por primera vez se realizó el sueño milenario de que los esclavos de la gleba tuviesen tierra y libertad, que el trabajador produjera sin la vigilancia del capataz, sin la explotación del amo, y que los obreros y campesinos fueran verdaderamente dueños de su destino. ¡Bello sueño de un momento!

Aquello fue una explosión de entusiasmo popular vinculado con una ideología profundamente sentida por los trabajadores. Se establecieron colectividades agrarias, se fundaron comités obreros, el agro y la producción industrial estaban en manos de los productores, que hicieron fecundar la tierra y mover las máquinas, sin apenas materias primas para hacerlas rendir. Esta situación duró más de dos años. A ello hay que añadir la lucha en los frentes, las ciudades bombardeadas, el bloqueo internacional que sometía al pueblo a las torturas del hambre; pero se aguantaba, se resistía. Más allá de las privaciones y de las miserias, de los infortunios y sinsabores, el ansia de libertad que anidaba en lo íntimo de las clases laboriosas, el hecho de hallarse representadas en la nueva existencia, en sus propias realizaciones sociales, es lo que hizo posible el milagro de su formidable resistencia superhumana. . .

Pero con todo, el pueblo español estaba solo. Las llamadas democracias hacían oídos de mercader, mientras el nazifascismo internacional destruía nuestras ciudades y asesinaba a sus moradores. Sólo un pueblo, que apenas nada tenía, ayudó con desinterés y abnegación: México. Ante una situación tan trágica era muy difícil optar. Se buscó o se aceptó la ayuda de quien la ofrecía. La soledad, el abandono, fue la verdadera causa de que el comunismo kremliniano metiera la cuña en España, como algo parecido está ocurriendo en nuestros días en la patria de Martí.

La intromisión del comunismo

Por aquellos días y lugares existía un partidito amorfo y anodino (el pomposamente llamado Partido Comunista Español) que a la hora de la

* Publicado en "Tierra y Libertad", de México, número 216, en abril de 1961.

contienda en la calle contra la reacción, que en los momentos verdaderamente dramáticos, no dio fe de vida, por ser casi inexistente. Mas este partido tenía sus padrinos, sus tutores, sus guías, y sobre todo la ganzúa de la ayuda rusa. Para nosotros sería difícil precisar la cantidad de material y cachivaches bélicos que mandarían para la defensa de la revolución, pero suponemos que serían ínfimos, puesto que no se vio ningún cambio decisivo en los frentes de batalla, ni nuestra aviación pudo jamás contender con las escuadras volantes que mandaban los dictadores europeos para ametrallar al pueblo español.

Eso sí; mandaron muchos "técnicos", muchos "políticos", que era precisamente lo que sobraba. Así empezaron a situarse. El procedimiento consiste en exaltar a unas docenas de paniaguados a base de una propaganda burda, pero incesante, hasta elevarlos a la categoría de héroes, dando la impresión de que todo individuo en posesión de un carnet del partido podía escalar el puesto de ministro o de general, como así fue para algunos palurdos. Con estos procedimientos y otros del mismo jaez, el partido de marras fue abriéndose paso, ora extendiendo patentes de comunismo a toda la grey más reaccionaria, ora situándose en los puestos clave, hasta que al poco tiempo, condicionando la ayuda del Kremlin, estaban en posesión de los altos cargos militares y de todo el aparato represivo encarnado en las odiosas "checas".

De esta forma, aquel partidito amorfo y anodino, de que antes hablamos, fue convirtiéndose en algo soberbio e insolente. Se hinchó como un sopo, sin que sus gentes, lo mismo en los ministerios que en los frentes de combate, dieran pie con bola. Pero eso sí, cuando se creyeron con fuerza, empezaron a hostilizar a las avanzadas revolucionarias, a quienes les habían sacado las castañas del fuego en los días difíciles, hasta que en mayo de 1934, debido a una provocación suya, se levantaron barricadas en la capital catalana y las calles se tiñeron de sangre proletaria, demostrándoles que frente a ellos había una pléyade de luchadores de tradición libertaria que jamás transigiría con el comunismo totalitario.

A pesar del fracaso de este primer tanteo, ellos siguieron ensombreciendo la convivencia antifascista, con todo y figurar en el gobierno y en los demás organismos oficiales. No toleraban la menor oposición a sus designios. Siguiendo a ciegas las directivas de los "técnicos" enviados por Moscú, difamaban y envilecían a quien no comulgaba con sus ruedas de molino. Así tenemos que en un momento determinado Largo Caballero, según ellos, era el "Lenín español", para meses más tarde tratarlo como si fuera una piltrafa. En los frentes eliminaban a quien no se dobleaba a sus consignas. Así fueron asesinados varios militantes de la C.N.T. y de la U.G.T., precisamente combatientes de los organismos sindicales que en los días de brega salvaron a la revolución de caer en manos de la sublevada reacción española.

Esta experiencia difícilmente se olvida. El que a estas alturas no sabe que ese comunismo es un "compañero de camino" indeseable, puede sentar plaza de imbécil. Su práctica es la sumisión absoluta al partido a como dé lugar, y para lograr este fin todas las armas son buenas, desde la columnia hasta el crimen. Por lo demás, ésta ha sido su táctica tradicional en los países que han dominado: Checoslovaquia, Polonia, Hungría... Además, estos procedimientos, esta concepción se ajusta perfectamente a la teoría y a la práctica preconizada por sus guías y maestros.

En fin, descubierto ya el pseudocomunismo como enemigo irreconciliable de todos los demás sectores, conocedores éstos de sus falsedades y artimañas, era de esperar que, de no haber triunfado los "quislings" de Hitler y Mussolini, representados por Franco y sus seguidores, en último término se hubiera entablado una lucha a muerte contra la imposición absorbente, irritante y desleal de este totalitarismo inhumano y bestial. Al menos éste era el signo que marcaba la escala barométrica al terminar la contienda española.

Reflexiones finales

Los hitos trazados por el movimiento insurreccional cubano del 26 de julio nos parecieron excelentes. El derrocamiento de un dictador asesino, reforma agraria, desarticulación de un ejército mercenario, eliminación de las empresas colonialistas, costas desalmadas y voraces que engullían toda la savia que debía nutrir al pueblo. Estos propósitos nos parecen lógicos y racionales. Nada más justo que este anhelo de sacudirse toda intromisión extraña con el fin de que cuanto produzca su suelo, igual que el esfuerzo humano, sirva sólo y exclusivamente de beneficio y sostén de los naturales del país que con su tarea diaria lo hagan producir.

Tanto es así, que creemos que las futuras revoluciones de este continente, como las actuales que se desarrollan en el ámbito de Asia y Africa, tendrán por base el acabar de una vez con el funesto morbo del colonialismo. Desde luego no agrada a ningún pueblo ver cómo sus materias primas y sus productos son arrancados a precios bajos mientras los productores vegetan en la miseria y el desespero. De forma que nosotros sentiríamos en lo más íntimo que cuanto entraña de equitativo dicho movimiento emancipador fuese truncado por no hallar una norma adecuada que salvara lo que contiene de aspiración y de justicia popular. Sentiríamos que fallara la revolución cubana, no sólo por lo que representa de liberación del pueblo caribeño, si no también por lo que puede frustrar momentáneamente en las esperanzas liberadoras de todo el continente americano.

Clara y llanamente, el peligro que vemos lo representa la desviación hacia el totalitarismo ruso. Creemos que es un mal negocio que por librarse de las fauces de los moradores de la Casa Blanca se caiga en las garras de la burocracia del Kremlin. De forma que juzgamos altamente peligroso subordinar el éxito de una revolución al apoyo de un poder extraño y más a cualquiera de los dos imperialismos que se disputan la hegemonía mundial. Esta sola sujeción mata todo lo que puede tener de espontáneo y generoso, de obsequioso y noble, para el fin y a la postre ser un juguete antesco en manos del imperialismo protector.

Esta inquietud hace que brote la siguiente pregunta: ¿Están a tiempo los cubanos para arrojar el lastre comunístico que amenaza con ahogar la revolución o a que sea traicionada por un chalaneo cualquiera? ¿Han pensado sus rectores en lo bien que les vendría hacer alguna transacción con la cuestión Berlín, por ejemplo, a cambio de abandonar a Cuba a su suerte? Pues, tal cosa puede muy bien ocurrir. Por ello sentiríamos que fueran ya impotentes para extirpar tal predominio, ya que en tal caso prevemos dificultades enormes para su triunfo, y lo que es peor, en el caso difícil de triunfar, sería una revolución mixtificada que en nada favorecería al pueblo cubano, ya que se trataría de una revolución esta-

tificada en provecho exclusivo del elemento burocrático de la isla.

Sin embargo, algo instintivo nos dice que el pueblo cubano es capaz de reaccionar frente a las directivas actuales que desde luego calificamos de rusófilas. Ya sabemos que algunos politiqueros y literatoides han indicado con énfasis que el "caudillo" Castro Ruiz no es comunista, pretendiendo afirmar con ello que la revolución cubana no tenía tal cariz. Parece mentira que a estas alturas puedan usarse argumentos tan deleznable. Precisamente una de las tácticas rusas es el uso de peleles, de instrumentos que les sirvan. Lo importante es que secunden sus mandatos, que cumplan como criadas o lacayos. Es más, para esta finalidad prefieren mejor utilizar a un "compañero de camino", para si en un momento dado no les conviene, arrojarlo por la borda sin la menor contemplación, atribuyéndole además cuanto de malo pueden inventar, supliéndole luego por otro servidor incondicional.

En España, por ejemplo, tampoco el señor Juan Negrín se llamó nunca comunista, puesto que militaba en el socialismo, pero lo utilizaron como instrumento y les sirvió a las mil maravillas, como no lo hubiera podido hacer ningún comunista. Además, ¿acaso en los países satélites no han utilizado y utilizan a renombrados nazifascistas? Para ellos lo esencial es que sus servidores sean amorales, aéticos, que no reparen en cumplir sus mandatos sean de la naturaleza que fueren.

Además, hay otro signo evidente: la actuación del pueblo como simple comparsa. Mientras se le elimina de sus funciones directivas en la producción, en lo político, en lo social, se le utiliza en las grandes paradas, en los simulacros, en las ostentaciones; carátula ridícula de las grandes manifestaciones rusas en la plaza del Kremlin, imitadas burdamente frente al Capitolio cubano. A pesar de ello creemos que el pensamiento de Martí, que su obra y su persona tiene fincadas sus raíces en la idiosincrasia de su pueblo, a la postre hará acto de presencia barriendo todo lo superpuesto, todo lo antípoda, todo lo extraño.

Es más, tenemos la convicción de que las revoluciones, en especial en este continente, o bien tendrán un carácter autóctono, con sabor local, de acuerdo con las características de cada lugar, o están condenadas al fracaso. Bajo este aspecto creemos que los dirigentes cubanos han perdido los estribos; es decir, que han tenido más valor persuasivo las transacciones comerciales, la demagogia de unos vociferadores, unas consignas anodinas, que la voz de la tierra, que el sentimiento y los anhelos de sus moradores, del pueblo que trabaja.

Ello se reafirma en el hecho de que no se vislumbra en la tarea diaria, en la obra constructiva de la revolución, la menor colaboración del pueblo. Las disposiciones radicales han sido obra de úcuses emanados del Estado, carentes de todo impulso popular. Ello de por sí ya prejuzga sus directivas, el artificio que rodea a los conductores de la revolución cubana que, igual que las demás revoluciones, se hacen desde abajo y no desde arriba. Es el pueblo el que debe impulsirlas y hacerlas. No se trata sólo de empuñar las armas, sino de ir creando sus propios elementos económicos, productivos, educativos, etc., que vengán a sustituir a todos los estamentos y factores anacrónicos existentes.

En las otras "revoluciones", las de quítate tú para ponerme yo, las que truncan las aspiraciones legítimas de los pueblos, tipo comunismo soviético, la cosa es mucho más fácil que para quienes tratan de convertir en

realidades positivas los anhelos y sentimientos populares. Por ejemplo, para ese comunismo el método consiste en apoderarse del Estado y desde él destruir todo lo que queda de libertad, supeditar a todo el aparato social y humano bajo su férula, imponiendo con mano de hierro sus directivas a todas las fuerzas opositoras, ahogando toda iniciativa, toda idea, toda espiritualidad y confiando exclusivamente al factor fuerza, al terror, la supervivencia de su predominio, de su sostén en el poder.

Pero en este caso no es que su táctica sea mejor o peor, es que en tal caso es una revolución trunca, donde la voz y las ansias del hombre son destruidas sin piedad. Mejor se trata de una especie de golpe de Estado, de un simple cambio de amos. Las prerrogativas de las antiguas castas dominantes, multiplicadas por la ausencia de libertad y de crítica, pasan a manos de la burocracia. Puede servir de prueba el hecho de que a los cuarenta y tres años de la revolución soviética continúa existiendo una explotación deshumanizada con una desigual e irritante escala de salarios que va desde lo puramente vegetativo a sueldos fantásticos a los políticos y empleados oficiales. En fin, que existen los mismos problemas que en los países capitalistas.

Todo ello nos hace pensar que las revoluciones no pueden soslayar una porción de factores esenciales, como son sus convecinos, su área geográfica, características de sus pobladores, relaciones con los pueblos limítrofes. Sin descuidar los objetivos que se persiguen hay que cuidar estos factores. En el caso de Cuba se trata de extirpar de raíz a un enemigo vecino que ha predominado sobre el país durante largos años. Seguro que hubiera sido más eficaz para ello buscar soportes y ayuda con los estados lindantes, continentales, por la razón de que sufren sus mismas vicisitudes, de que tienen iguales ansias de liberación, que entregarse maniatados al imperialismo bolchevique. La verdad, creemos que es empeorar la situación de criados, de títeres, sacudirse el yugo norteamericano para caer en el rusófilo.

El recuerdo de España

Nosotros pasamos por todos los avatares que sufre actualmente el pueblo cubano. Por todos los que ellos pasan y por otros muchos más duros y dramáticos. Nosotros sentimos en carne propia el destino que puede seguir la revolución cubana. La traición a nuestro movimiento fue global. Unos explotando descaradamente su menguada ayuda, pretendiendo desvirtuar la raíz de nuestra revolución. Ayuda que creemos que nadie la pagó más cara que el pueblo español. Otros, en especial las democracias, representadas por Norteamérica, respaldando y ayudando al miserable traidor, el dictador español, Francisco Franco, que gracias a la protección del dólar americano, puede tener en un puño al pueblo español a base del terror y del crimen.

Si esta lección puede servir de algo a los cubanos se la brindamos con todo cariño, reiterando lo dicho, que al comunismo, más que como un elemento emancipador, hay que contemplarlo como una manifestación, simple y puramente, imperialista. Y con la afirmación final de que el único anhelo que nos guía es que la revolución cubana encuentre su verdadera ruta para llevar a término su propio destino. En fin, confiamos que el recuerdo de Martí, que su pensamiento y su obra, tendrán más vigor, más arraigo, que el tráfico del azúcar y que todos los exotismos juntos.

La vida puede ser digna de vivirse *

por Julián Huxley

Creo que la vida puede ser digna de vivirse. Lo creo a pesar del dolor, de la miseria, de la crueldad, de la desventura y de la muerte. No creo que sea necesariamente digna de vivirse, sino sólo que, para la mayoría de la gente, puede serlo.

Creo también que el hombre, como individuo, como grupo y colectivamente como humanidad, puede alcanzar un objetivo satisfactorio en la existencia. Lo creo a pesar de las frustraciones, de la falta de propósito, de las frivolidades, del aburrimiento, de la pereza y del fracaso. También en este caso no creo que haya inevitablemente un propósito inherente al universo o a nuestra existencia, ni que la humanidad esté destinada a lograr un objetivo satisfactorio, sino sólo que tal objetivo puede hallarse.

Creo que existe una escala o jerarquía de valores que se extiende desde las simples comodidades físicas hasta las más altas satisfacciones del amor, gozo estético, intelecto, realización creadora, virtud. No creo que estos valores sean absolutos o trascendentales en el sentido de ser otorgados por algún poder exterior o divinidad; son producto de la naturaleza humana en su interacción con el mundo exterior. Ni supongo que podamos graduar cada experiencia valiosa según un orden aceptado, del mismo modo que no puedo decir si un escarabajo es un organismo superior a una sepia o un arenque. Pero del mismo modo que se puede afirmar sin vacilación que hay grados generales de organización biológica y que un escarabajo es un organismo superior a una esponja, y un ser humano a una rana, también puedo afirmar, con el consenso general de los seres humanos civilizados, que hay un valor más alto en la **Divina Comedia** de Dante que en un himno popular, en la actividad científica de Newton o Darwin que en la resolución de un cuadro de palabras cruzadas, en la plenitud del amor que en la satisfacción sexual, en actividades desinteresadas que en las puramente egóticas, aunque cada una de estas cosas y todas ellas pueden tener su clase de valor.

No creo que haya ningún absoluto de la verdad, belleza, moralidad o virtud, sea emanado de un poder externo o impuesto por una norma interna. Pero esto no me lleva a la curiosa conclusión, de moda en ciertas esferas, de que no existen la verdad, la belleza ni la bondad o de que no tienen fuerza ni valor alguna.

Creo que hay cierto número de preguntas que es inútil hacer, porque nunca serán contestadas. Sólo pérdidas de tiempo, preocupaciones o desventuras se sacan intentando resolver problemas insolubles. Sin embargo, algunas personas parecen decididas a probarlo. Recuerdo la historia del filósofo y el teólogo. Estaban enzarzados en una discusión, cuando el teólogo lanzó la vieja pulla de que el filósofo era como un ciego, en un cuarto oscuro, buscando un gato negro que no estaba. "Quizá —dijo el filósofo—; pero un teólogo lo habría encontrado".

Aun en las cuestiones materiales de la ciencia hemos de aprender a preguntar correctamente. Parecía obvio el preguntar cómo heredaban las

* Capítulo final del libro "El Hombre está solo".

animales el resultado de la experiencia de sus padres, y se han gastado enormes cantidades de tiempo y energía intentando contestar la pregunta. Sin embargo, es inútil preguntarlo, por la sencilla razón de que no existe tal herencia de caracteres adquiridos. Los químicos del siglo dieciocho, por haberse preguntado: "¿Qué sustancia interviene en la combustión?", se hallaron perdidos en los laberintos de la teoría del flogisto; tuvieron que preguntarse: "¿Qué clase de proceso es la combustión?", antes de que pudieran ver que no requería una sustancia especial, sino que era meramente un caso particular de combustión química.

Cuando llegamos a los llamados conceptos fundamentales, la dificultad de no hacer la pregunta equivocada aumenta mucho. Entre la mayoría de las tribus africanas, cuando una persona muere, lo único que se pregunta es: "¿Quién causó su muerte y por qué forma de magia?"; la idea de la muerte por causas naturales es desconocida. En realidad, la vida de la mitad civilizada de la humanidad se basa en gran parte en el intento de hallar respuesta para una pregunta equivocada: "¿Qué fuerza o poderes mágicos son responsables de la buena o la mala suerte, y cómo pueden ser eludidos o aplacados?".

No creo en la existencia de uno o más dioses. El concepto de la divinidad, aunque construido valiéndose de cierto número de elementos reales de la experiencia, me parece falso; está basado en el postulado, completamente injustificable, de que debe existir algún poder más o menos personal para controlar el universo. Nos hallamos ante fuerzas que están fuera de nuestro control, ante incomprensibles desastres, la muerte y también el éxtasis, un sentido místico de unión con algo más grande que nuestra persona ordinaria, la súbita conversión a un nuevo modo de vida, la carga de la culpa y el pasado. En las religiones teístas todos estos elementos de experiencia real han sido entrelazados formando un cuerpo de doctrina y prácticas en relación con el postulado fundamental de la existencia de un dios o de dioses.

Creo que este postulado fundamental no es más que el resultado de hacer una pregunta equivocada: "¿Quién o qué rige el universo?". Hasta donde alcanzamos a ver, se rige él mismo, y en realidad toda la analogía con un país y su gobernante es falsa. Aun en el caso de que exista un dios detrás o encima del universo tal como nosotros lo experimentamos, no podemos tener conocimiento de tal poder; los dioses de las religiones históricas son sólo la personificación de hechos impersonales de la naturaleza y de hechos de nuestra vida mental interior.

Lo mismo ocurre con la inmortalidad. Con nuestras actuales facultades no tenemos medio de dar una respuesta categórica a la pregunta de cómo será la vida después de la muerte. Siendo ello así, es una pérdida de tiempo y energía dedicarnos al problema de conseguir la salvación en la otra vida. Sin embargo, del mismo modo que la idea de dios está construida con materiales de experiencia real, también lo está la idea de salvación. Si traducimos salvación a términos de este mundo, vemos que significa el logro de la armonía entre partes diferentes de nuestra naturaleza, incluso sus profundidades subconscientes y sus alturas raramente alcanzadas, y también el logro de algún ajuste satisfactorio entre nosotros y el mundo exterior, incluso no sólo el mundo de la naturaleza, sino el mundo social del hombre. Creo posible "lograr la salvación" en este sentido, y acertado el procurar hacerlo, del mismo modo que creo posible

y valioso lograr un sentimiento de unión con algo más grande que nuestra persona ordinaria, aun cuando ese algo no sea un dios, sino una extensión de nuestro estrecho núcleo para abarcar de un sólo abrazo esferas de experiencia externa y naturaleza interna a las cuales no acudimos ordinariamente.

Pero, si se repudia a Dios y la inmortalidad, ¿qué queda? He aquí la pregunta que suele arrojarse a la cara del ateo. Al creyente ortodoxo le gusta creer que no queda nada. Esto, sin embargo, se debe a que sólomente se le ha acostumbrado a pensar en términos de su ortodoxia.

En realidad, queda mucho.

Ello resulta inmediatamente demostrado por el hecho de que muchos hambres y mujeres han llevado vidas activas, sacrificadas, nobles o abnegadas, sin ninguna creencia en Dios ni en la inmortalidad. El budismo en su forma no corrompida no tiene tal creencia; ni la tenían los grandes agnósticos del siglo diecinueve; ni la tenían los comunistas rusos ortodoxos; ni la tenían los estoicos. Por supuesto, los no creyentes han sido con frecuencia culpables de actos egoístas o perversos; pero también lo han sido los creyentes. Y en todo caso no es éste el punto fundamental. Lo importante es que sin estas creencias los hambres y mujeres pueden, sin embargo, ser fuente de vida plena y orientada y tener un sentimiento tan fuerte del valor de la existencia como puedan tenerlo los creyentes más devotos.

Diría que esto es posible con mucha más facilidad hoy día que en ninguna Edad anterior. La razón está en los adelantos de la ciencia.

Ya no nos vemos forzados a aceptar las catástrofes externas y las miserias de la existencia como inevitables o misteriosas; ya no nos vemos obligados a vivir en un mundo sin historia, donde el cambio no tiene sentido. Nuestros antepasados veían en una epidemia un acto de castigo divino; para nosotros es un reto que hay que vencer, pues sabemos sus causas y que puede ser controlada o prevenida. La comprensión de las enfermedades infecciosas es enteramente debida al adelanto científico. También lo es, para tomar un acontecimiento muy reciente, nuestra comprensión de las bases de la nutrición, que ofrece nuevas posibilidades de salud y energía a la raza humana. También lo es nuestra comprensión de los terremotos y las tormentas; si no podemos controlarlos, por lo menos no hemos de temerlos como pruebas de la ira de Dios.

Algunas, por lo menos, de nuestras angustias internas pueden ser aliviadas del mismo modo. Por medio de los conocimientos obtenidos de la psicología, puede impedirse que los niños crezcan con un anormal sentimiento de culpabilidad y que con él hagan de la vida una carga, tanto para sí mismos como para aquellos con quienes están en contacto. Empezamos a comprender las raíces psicológicas del temor y la crueldad irracionales; algún día podremos hacer del mundo un lugar más alegre impidiendo su aparición.

Los antiguos no tenían historia digna de mencionarse. La existencia humana presente era considerada como una degradación de la original Edad de oro. Aun hasta el siglo diecinueve lo que se sabía de la historia humana se consideraba por las naciones de Occidente como una serie de episodios, esencialmente sin sentido, metidos en el breve espacio existente entre la creación y el pecado original, unos millares de años atrás, el segundo Advenimiento y el Juicio final, que podían echársenos encl-

ma en cualquier momento y en todo caso no podían aplazarse por más de unos millares de años. En esta perspectiva, un milenio era casi una eternidad. Con tal punto de vista no es extraño que la vida pareciera "ofensiva, bestial y corta", y que sus angustias y faltas llevasen a la perplejidad, a no ser que la iluminase la luz ilusoria de la religión.

Hoy día la historia humana se enlaza con la prehistoria y ésta a su vez con la evolución biológica. Nuestra escala de tiempos está profundamente alterada. Un millar de años es un tiempo corto para la prehistoria, que se expresa en centenas de millares de años, y un tiempo insignificante para la evolución, que trata períodos de diez millones de años. El futuro se extiende igual que el pasado; si la vida original necesitó más de mil millones de años para engendrar al hombre, éste y sus descendientes tiene un espacio de tiempo igual para continuar la evolución.

Sobre todo, la nueva historia ha sido una base de esperanza. La evolución biológica ha sido asombrosamente lenta y asombrosamente desperdiciadora. Ha sido cruel; ha engendrado los parásitos y las plagas junto con los tipos más agradables. Ha conducido la vida a innumerables callejones sin salida. Pero, a pesar de ello, ha progresado. En unas pocas líneas, cuyo número ha menguado constantemente con el tiempo, ha evitado el callejón sin salida de la mera especialización y alcanzado un nuevo nivel de organización, más armónico y eficiente, desde el cual podía de nuevo lanzarse hacia un mayor control, conocimiento e independencia. El progreso es, si se quiere, una especialización en todos sentidos. Finalmente quedó sólo una línea que fuese capaz de conseguir un nuevo adelanto; todas las otras habían llevado a callejones sin salida. Era ésta la línea que conducía a la evolución del cerebro humano.

Ella alteró bruscamente la perspectiva de la evolución. La experiencia podía pasarse de generación a generación; el propósito deliberado podía sustituir al ciego desplazamiento de la selección; la rapidez del cambio podía multiplicarse por diez mil. En el hombre la evolución podía hacerse conscientemente. Admitimos que aún está lejos de serlo; pero la posibilidad está ahí y por lo menos ha sido conscientemente considerada.

Vista en esta perspectiva, la historia humana sólo representa una diminuta porción del tiempo que el hombre tiene ante sí; abarca sólo los primeros tanteos, ignorantes y torpes, del nuevo tipo, que nació heredero de tanta historia biológica. Los constantes atascos, la falta de mejora en ciertos aspectos por más de dos mil años, se ven como fenómenos tan naturales como los tumbos del niño que aprende a andar o la desviación de la atención de un muchacho sensible por la necesidad de ganarse la vida.

Quedan los hechos generales. La vida había progresado aun antes que se desarrollase el hombre. La vida progresó al dar lugar a la ascensión del hombre. El hombre ha progresado durante el medio millón de años que aproximadamente nos separan de los primeros **hominidae**, y aun durante los diez mil años posteriores al final mejoramiento del clima después de la Edad glacial. Y las posibilidades de progreso que se le revelan, una vez abiertos los ojos a la perspectiva evolutiva, son ilimitadas.

Por fin tenemos una teoría optimista, en vez de pesimista, de este mundo y nuestra vida en él. Evidentemente, el optimismo no puede ser fácil, y debe templarse con reflexiones acerca del espacio de tiempo requerido, el duro trabajo que será necesario, el inevitable residuo de azar

y desventura que quedará. Acaso, mejor que visión optimista, sería sin marla mejorista; ya que predica la esperanza e incita a la acción. de

Creo de modo muy definido que es entre las personas humanas donde existen las más altas y valiosas realizaciones del universo.

Pero también creo que el individuo no es una cosa separada, aislada. Un individuo es un transformador de materia y experiencia; es un sistema de relaciones entre su propia base y el universo, incluyendo a otros individuos. Un individuo puede creer que debería consagrarse enteramente a una causa, a un sacrificarse por ella: su patria, la verdad, el arte, el amor. Es en la abnegación del sacrificio donde llega a ser más él mismo; es por la devoción o el sacrificio de individuos cómo las causas adquieren su valor. Mas, por supuesto, el individuo debe subordinarse de muchos modos a la comunidad, pero no hasta el extremo de creer que haya en la comunidad ninguna virtud más elevada que la de los individuos que la componen.

La comunidad suministra el mecanismo para la existencia y desarrollo de los individuos. Algunos niegan la importancia del mecanismo social, afirman que lo único importante es un cambio de sentimientos y que el mecanismo adecuado es meramente una consecuencia natural de la adecuada actitud interior. Esto me parece a mí mero silogismo. Diferentes clases de mecanismo social predisponen a diferentes actitudes interiores. El mecanismo más admirable es inútil si no cambia la vía interior; pero el mecanismo social puede afectar la plenitud y la calidad de la vida. El mecanismo social puede disponerse de modo que dificulte la guerra, favorezca la salud, añada interés a la vida. No despreciamos el mecanismo de nuestro celo por la plenitud de la vida, del mismo modo que no hemos de soñar con que el mecanismo pueda nunca producir automáticamente la perfección del vivir.

Creo en la diversidad. Todo biólogo sabe que los seres humanos difieren en sus equipos hereditarios y, por tanto, en las posibilidades que puedan realizar. La psicología muestra cuán inevitablemente diferentes son los tipos que se codean en las calles del mundo. No hay persuasión ni instrucción que pueda hacer que el extravertido comprenda realmente al introvertido; el verbalista, al amador de artes manuales; el no matemático o no filarmónico, la pasión del matemático o el músico. Podemos intentar la prohibición de ciertas actitudes mentales. Podríamos teóricamente criar de modo que desapareciese mucha variedad humana. Pero esto sería un sacrificio. La diversidad no es sólo la sal de la vida, sino la base de la realización colectiva. Y el complemento de la diversidad son la tolerancia y la comprensión. Esto no significa que se consideren iguales todos los valores. Hemos de proteger a la sociedad contra los criminales; hemos de luchar contra el que creemos equivocado. Pero del mismo modo que, si intentamos comprender al criminal, intentaremos reformar antes que meramente castigar, debemos intentar comprender por qué juzgamos equivocados los actos ajenos, lo que implica intentar comprender el funcionamiento de nuestra mente y descontar nuestros propios prejuicios.

Finalmente, creo que nunca podremos reducir nuestros principios a unos pocos términos simples. La existencia es siempre demasiado varia y demasiado complicada. Hemos de completar los principios con la fe. Y la única fe que es a la vez concreta y comprensiva es la fe en la vida, su abundancia y su progreso. Mi creencia final es en la vida.

Testimonio sobre la tortura y muerte de Andrés Nin

por Jesús Hernández *

Andrés Nin, el antiguo amigo de Lenin, de Kamenev, Zinoviev y Trotsky, fue asesinado en España por la misma mano que en Rusia había exterminado físicamente a toda la vieja guardia bolchevique. El crimen fue así:

Orlof y su banda secuestraron a Nin con el propósito de arrancarle una confesión "voluntaria" en la que debería reconocer su función de espía al servicio de Franco (recuérdese que Andrés Nin era jefe del Partido Obrero de Unificación Marxista —P. O. U. M.— de España). Expertos los verdugos en la ciencia de quebrar a los prisioneros políticos, en obtener "espontáneas" confesiones, creyeron encontrar en la enfermiza naturaleza de Andrés Nin el material adecuado para brindar a Stalin el éxito apetecido.

En días sin noche, sin comienzo ni fin, en jornadas de diez y veinte y cuarenta horas ininterrumpidas, tuvieron lugar los interrogatorios. Quien de ello me informó tenía sobrados motivos para estar enterado. Era uno de los ayudantes de más confianza de Orlof, el mismo que había luego de ponerme en antecedentes sobre el proyecto de asesinato de Indalecio Prieto.

Con Nin empezó Orlof empleando el procedimiento "seco". Un acoso implacable de horas y horas con el "confiese", "declare", "reconozca", "le conviene", "puede salvarse", "es mejor para usted", alternando los "consejos" con las amenazas y los insultos. Es un procedimiento científico que tiende a agotar las energías mentales, a desmoralizar al detenido. La fatiga física le va venciendo, la ausencia de sueño embotándole los sentidos y la tensión nerviosa destruyéndole. Así se le va minando la voluntad, rompiéndole la entereza. Al prisionero se le tiene horas enteras de pie, sin permitirle sentarse hasta que se desploma troncado por el insoponible dolor de los riñones. Alcanzado este punto, el cuerpo se hace espontáneamente pesado y las vértebras cervicales se niegan a sostener la cabeza. Toda la espina dorsal duele como si la partieran a pedazos. Los pies se hinchan y un cansancio mortal se apodera del prisionero, que ya no tiene otro afán que el de lograr un momento de reposo, de cerrar los ojos un instante, de olvidarse de que existe él y de que existe el mundo.

El prisionero es arrastrado a su celda. Se le deja tranquilo unos minutos, los suficientes para que recobre un poco su equilibrio mental y comience a adquirir conciencia del espanto de la prolongación del "interrogatorio" monótono, siempre igual en las preguntas e insensible a las respuestas que no sean de plena inculpación. Veinte o treinta minutos de descanso son suficientes. No se le conceden más. Y nuevamen-

* Del libro "Yo fui ministro de Stalin", de Jesús Hernández, ex ministro de la República Española, ex miembro del Buró central del Partido Comunista de España, ex miembro directivo del Komintern.

te se reanuda la sesión. Vuelven los "consejos", vuelve el tiempo sin medida en que cada minuto es una eternidad de sufrimiento y fatiga, de cansancio moral y físico. El prisionero acaba desplomándose con el cuerpo invertebrado.

Ya no discute, ni se defiende, no reflexiona, sólo quiere que le dejen morir, descansar, sentarse. Y se suceden los días y las noches en implacable detención del tiempo. Del prisionero se va apoderando el desaliento, produciendo un desmayo de la voluntad. Sabe que es imposible salir con vida de las garras de sus martirizadores y su anhelo se va concentrando en un irrefrenable deseo de que le dejen vivir en paz sus últimas horas o de que lo acaben cuanto antes. "Quieren que diga que sí. Quizá admitiendo la culpabilidad me maten de una vez". Y esta idea comienza a devorar la entereza del hombre.

André Nin resistía increíblemente. En él no se daban los síntomas de ese desplome moral y físico que llevó a algunos de los más destacados colaboradores de Lenin a la inaudita abdicación de la voluntad y firmeza revolucionarias, a esa absurda consideración de que "Stalin es un traidor, pero Stalin no es la revolución, ni es el partido, y, puesto que mi muerte es inevitable, voy a hacer el último sacrificio a mi pueblo y a mis ideales, declarándome contrarrevolucionario y criminal, para que viva la revolución". ¡Con qué asombro el mundo entero escuchó a estos prohombres de la revolución rusa infamarse hasta la abyección, sin que de sus labios saliera una palabra para el estranizador de esa misma revolución que con su silencio querían salvar! Se ha hablado de drogas especiales cuyo secreto poseen los rusos. No creo en tal versión. De no admitir esa desahuciada idea de "servir a la revolución" **in articulo mortis**, creería, sí, en el juego de ciertas consideraciones humanas que llevan al hombre que se sabe definitivamente perdido, a tratar de salvar a sus hijos o a su esposa o a sus padres de la venganza del tirano, a cambio de su "confesión".

Nin no capitulaba. Resistía hasta el desmayo. Sus verdugos se impacientaban. Decidieron abandonar el método "seco". Ahora sería la sangre viva, la piel desgarrada, los músculos destrozados, los que pondrían a prueba la entereza y la capacidad de resistencia física del hombre. Nin soportó la crueldad de la tortura y el dolor del refinado tormento. Al cabo de unos días su figura humana se había convertido en un montón de carne tumefacta. Orlof, frenético, enloquecido por el temor al fracaso, que podía significar su propia liquidación, babeaba de rabia ante aquel hombre enfermizo que agonizaba sin "confesar", sin comprometerse ni querer comprometer a sus compañeros de partido, que con una sola palabra suya hubieran sido llevados al paredón de ejecución, para regocijo y satisfacción del amo de todas las Rusias.

Se extinguió la vida de Nin. En las calles de la España leal y en el mundo entero arreciaba la campaña exigiendo el conocimiento de su paradero y su liberación. No podía prolongarse durante mucho tiempo esa situación. Entregarlo con vida significaba una doble bandera de escándalo. Todo el mundo hubiera podido comprobar los espantosos tormentos físicos a que se le había sometido y, lo que era más peligroso, Nin podía denunciar toda la infame trama montada por los esbirros de Stalin en España. Y los verdugos decidieron acabar con él.

Los profesionales del crimen, pensaron en la forma. ¿Rematarle y dejarle tirado en una cuneta? ¿Asesinarle y enterrarle? ¿Quemarle y aventar sus cenizas? Cualquiera de esos procedimientos acababa con Nin, pero la G. P. U. no se libraría de la responsabilidad del crimen, pues era notorio y público que era ella la autora del secuestro. Había, pues, que buscar un procedimiento que, al mismo tiempo que liberaba a la G. P. U. de la responsabilidad de la desaparición, inculpara a Nin, demostrando su relación con el enemigo.

La solución, al parecer, la ofreció la mente enconallada de uno de los más desalmados colaboradores de Orlof, el "comandante Carlos" (Vittorio Vidali como se le llama en Italia o Arturo Sormenti y Carlos Contreras, como se había hecho llamar en México y en España). El plan de éste fue el siguiente: simular un rapto por agentes de la Gestapo **camouflados** en las Brigadas Internacionales, un asalto a la casa de Alcalá (sede de la Checa comunista en que se encontraba el prisionero), y una nueva "desaparición" de Nin. Se diría que los nazis lo habían "liberado", con lo cual se demostrarían los contactos que Nin tenía con el fascismo nacional e internacional. Mientras tanto a Nin se le haría desaparecer definitivamente y, para no dejar huella, se le tiraría al mar. La infame tramoya era burda, pero ofrecía una salida.

Por la versión de quien mantenía contacto con Orlof pude más tarde reconstruir estos hechos. Pero del asesinato de Andrés Nin tuve la certidumbre plena al día siguiente de consumado el crimen. La compañera X me hizo saber que había transmitido un mensaje a Moscú en el cual se decía: "Asunto A. N. resuelto por procedimiento A".

Las iniciales coincidían con las de Andrés Nin. El procedimiento "A" ¿qué podría ser? La absurda versión del "rapto" por agentes de la Gestapo delataba el crimen de la G. P. U. Luego la "A", en el código de la delegación soviética, significaba muerte. De no haber sido así, la delegación, esto es, Togliatti, Stepanov, Codovila, Guéré, etc., hubieron transmitido cualquier cosa menos la de "asunto terminado".

Una carta inédita sobre el antisemitismo *

Jorge Ballesteros

Señor director:

La carta que ustedes publican sobre el juicio a Eichmann, firmada por Agustín Revello, me induce a enviarle estas líneas. En primer lugar me llama la atención que una revista que se precia de ser objetiva brinde a las reflexiones de un oscuro antisemita como Revello una notoriedad sospechosa de aquiescencia. En efecto, la carta está presentada en doble

* Hace pocos meses, la revista "Usted" que se editaba en Buenos Aires, publicó unas opiniones de un antisemita sobre el proceso de Eichmann. Nuestro compañero Jorge Ballesteros las refutó de inmediato. La carta se publicó en forma mutilada y alterada, además, el orden de sus párrafos. Con el propósito de restablecer la verdad sobre el enfoque que hiciera sobre el problema Jorge Ballesteros, y por considerar de interés para nuestros lectores el conocimiento de dicha carta, es que la incluimos en nuestra Sección Archivo.

página que inserta también dos destacadas menciones editoriales de la revista. Ignoro si el hecho es casual y se explica por imposición del diagramador. De cualquier modo, incluir recomendaciones editoriales en la misma hoja en que se reproducen conceptos pertenecientes a una ideología lesiva de la dignidad humana, como es el antisemitismo, representa en el mejor de los casos una imprudencia que convendría reconocer y enmendar. Además, pese a llevar como título "Polémica", la revista no reproduce simultáneamente refutaciones a Revello ni manifiesta su propósito de hacerlo ulteriormente con lo cual otorga a las disquisiciones de este sujeto un apoyo implícito que si no es deliberado, lamentablemente, mucho se le parece.

¿En qué baso mi apreciación de que Revello es antisemita? En que hace uso, en sus afirmaciones, de los procedimientos retóricos característicos de este tipo de enfermo mental: racionaliza su pasión homicida con una blasonada devoción a grandes palabras que en sí mismas significan muy poco: "derecho", "soberanía", "sociedad". Cada una de estas palabras tiene el valor que su connotación ética, histórica o política le asegure. Ellas solas no pueden exigir nuestro incondicional fervor. Porque puede haber un derecho, como el encarnado en Cicerón, estatuidor de la esclavitud; una soberanía como la ejercida por Enrique VIII cuya formulación está directamente relacionada con los apetitos del gobernante y una sociedad, como la que Hitler impuso en su época, teórica y materialmente sustentada en el terror sistemático y la psicosis colectiva. Ni ese derecho, ni esa soberanía, ni esa sociedad concitan nuestro respeto de seres civilizados. Derecho, soberanía y sociedad, a secas, no son ni remotamente, instancias supremas. La instancia suprema, en este caso, es la justicia y con referencia a ella, los judíos que detuvieron a Eichmann y los judíos que lo están juzgando, son merecedores de su amparo y de su potestad.

Al iniciar su exposición, Revello incurre en una actitud que también es típica del antisemita, tal como se suele presentar en público: "tuve y tengo amigos judíos. Pero...". Para Revello y quienes padecen su mismo trastorno psíquico la expresión señalada equivale a decir: "Tuve y tengo amigos ladrones. Pero... el latrocinio me parece que debe ser combatido". No hay en la carta de Revello un solo párrafo de recordación de los millones de víctimas del criminal nazi —cinco millones de hombres y mujeres y aproximadamente un millón de niños, según las estadísticas registradas por las Naciones Unidas— ni de la espantosa tarea que requirió su exterminio.

La cuota de 22.000 personas asfixiadas y cremadas por día, que llegó a totalizar Auschwitz; las gigantescas parrillas en que se colocaban los cuerpos de los asesinados —"la carne se cocinaba como un guiso", según frase del propio Eichmann—; el uso industrial que se hacía de los huesos y cabellos: fabricación de jabón, preparación de abonos artificiales; todos los detalles horribles del genocidio, son absolutamente dejados de lado por Revello, quien en cambio, se pregunta: "¿En nombre de qué clase de justicia se permite secuestrar de un hogar argentino a un hombre —delincuente, honorable, asesino, honesto, no importa— para llevarlo a un estado extranjero?". Está claro que a Revello no le preocupan las víctimas; le preocupa la suerte del verdugo, al que concede, de paso, probables cualidades de "honorable" y "honesto" que ni sus propios co-

legas de tortura, como Rudolf Hess y Dieter Wisliceny, se atrevieron nunca a adjudicarle. Revello incluye en su pregunta, que más que tal es un síntoma de su inconfeso y mal disimulado fanatismo antisemita, un "no importa" que corresponde impugnar. Hay que decirlo con toda claridad: "sí importa" que un hombre sea honorable o criminal cuando se trata de evaluar su apresamiento y su proceso. El secuestro de un hombre honorable no se justifica nunca, ni en este país ni en ninguno. El apresamiento de un criminal —y hago notar la maniobra semántica que operada por desaprensivos periodistas, tiende a hacer equivalentes los términos "secuestro" y "apresamiento": maniobra que Revello aprovecha— especialmente de un criminal de la magnitud de Eichmann, ya juzgado y condenado en ausencia por el Tribunal de Nuremberg con pruebas incontrovertibles, personificación y símbolo de un régimen político que degradó la condición humana, demanda indispensablemente una perspectiva distinta a la que postula la juridicidad convencional.

Por otra parte, si se examina la forma en que los judíos llevaron a cabo la detención de Eichmann, el sano criterio determina que era la única, posible. En un país como el nuestro, refugio de postguerra de centenares de nazis prominentes, localizar a Eichmann y recurrir a la vía burocrática de la extradición hubiera reportado el muy factible riesgo de su desaparición, por obra de poderosos protectores, como lo demostró recientemente la reclamación infructuosa del médico esterilizador de judíos y "director técnico" de los crematorios, Josef Mengele.

El subyacente odio a los judíos que evidencian las declaraciones de Revello, alcanza su punto culminante de injuria en el párrafo en que alude al proceso de Eichmann como "un simple negocio del estado israelí. Según una versión de la que Revello se hace eco —y de la que muy posiblemente sea el autor— Israel necesita probar mediante este sistema —el proceso de Eichmann— la muerte de judíos a manos de los nazis, pues Alemania Occidental reconoce una suma determinada de marcos (6 u 8 mil) por cada uno de aquéllos". Aparte de ser una infamia, la hipótesis es absurda. Israel no necesita del juicio a Eichmann para probar que seis millones de sus hijos fueron asesinados por la Incura nazi. En los archivos del Tribunal de Nuremberg, con profusión de documentos y estadísticas oficiales del Tercer Reich, quedó suficientemente comprobada la cuantiosidad de la masacre. Las reparaciones materiales ofrecidas por Alemania Occidental responden a un imperativo ético que las palabras pronunciadas en 1952 por su presidente, el Dr. Theodor Heuss, exteriorizan y compendian: "Los judíos no olvidarán jamás, no pueden olvidar lo que se les hizo. Y los alemanes no deben tampoco olvidar lo que hombres salidos del seno de su pueblo cometieron en aquellos años de oprobio". Es a esa asunción, por el gobierno de Alemania Occidental, de su responsabilidad histórica, que se deben las reparaciones, por cierto trágicamente inútiles, cuando se piensa en los millones de inmolados y no, como sugiere Revello, al deseo del gobierno israelí de "negociar" con la captura y el eventual ajusticiamiento de Eichmann. Lo que está debajo de esta acusación, es de percepción fácil. Revello procura explotar, en el lector desprevenido, el prejuicio que el antisemita se empeña en inveterar: el que identifica a todo judío con el comercio vergonzoso, el que afirma la deshonestidad "inherente" al judío. "El antisemita —dice Sartre— eligiendo para su persona la permanencia mineral, ha escogido

para su moral una escala de valores petrificados. Haga lo que haga, sabe que permanecerá en el pináculo de la escala; haga lo que haga el judío, no subirá nunca del primer peldaño”.

Cuando nosotras éramos adolescentes, señor director —me permito el comentario porque sé que pertenecemos a una misma generación— Europa se desangraba doblemente herida por el totalitarismo y la guerra. Llegaba entonces a nuestros oídos, junto con el eco de los acontecimientos bélicos, que eran el tema cotidiano de nuestros mayores, una confusa historia acerca de asesinatos de judíos, cuyo alcance y autenticidad nunca supimos ponderar acabadamente. El Tribunal de Nuremberg echó alguna luz sobre el asunto, publicáronse declaraciones y fotografías escalofrantes sobre los campos de exterminio, diarios y gobiernos de todo el mundo expresaron su reprobación moral... pero no habíamos pisado todavía el umbral de nuestra juventud cuando ya nadie, excepto los judíos, parecía acordarse de las masacres. Si nosotros, inexpertos y curiosos, indagábamos acerca de ellas, la respuesta más frecuente que recibíamos, de nuestros allegados y mentores, era displicente o evasiva. Un millón o seis millones de judíos asesinados. “¿Quién sabe —solíamos oír— y a quién le interesa averiguarlo? Al fin de cuentas se trataba de judíos.” El hitlerismo, derrotado en la guerra, sobrevivía en la atmósfera mental de la época, y su influencia sutil, vagamente presentida por los más lúcidos de nosotros, envenenaba nuestra respiración. Pues bien, este proceso de Eichmann, que tanto escandaliza a Revello, despejará las dudas y las incertidumbres que con respecto a la matanza nazi de judíos, tenía la gente de nuestra edad. Y para nosotros, como para las generaciones que nos preceden y que nos siguen, reportará, al enfrentarnos con las posibilidades atroces del antisemitismo en el poder, una cruel lección histórica de la que debemos inferir, entre otras cosas, que mientras se siga considerando al judío, aunque sea en forma solapada o subconsciente, como un ser insitadamente inferior y despreciable, se corre el peligro de una restauración de los crematorios o de algo que se les parezca, recidiva que asestaría un golpe mortal a la vida civilizada, todavía convalesciente de los últimos horrores bélicos, tales como Guernica, Hiroshima y Auschwitz: vida civilizada que por encima de discrepancias formales, a todos, **judíos y no judíos**, nos interesa mantener. Aclaro en seguida que mi discrepancia con Revello no es **formal**, sino de **fondo**. Puedo discrepar, formalmente, con un socialista o con un conservador. Pero un antisemita no sólo es enemigo de los judíos sino enemigo de la vida civilizada y debe ser denunciado e identificado como tal, brevemente a la asistencia médico-psiquiátrica que debe ofrecérsele. “Contrariamente a una opinión difundida, el carácter judío no provoca el antisemitismo sino que, a la inversa, es el antisemita quien crea al judío. El fenómeno primero es, pues, el antisemitismo, estructura social regresiva y concepción del mundo prelógica”. A esas sabias palabras del zahorí Sartre de antaño me remito, señor director, haciendo votos para que su revista contribuya a investigar y esclarecer los múltiples problemas que antisemitas como Revello, plantean a sus atribulados contemporáneos.

Buenos Aires, mayo 1961

10. de Julio de 1876: Muerte de Miguel Bakunin

por Jacinto Cimazo

La gran biografía de Miguel Bakunin sigue inédita. Confiamos en que los cinco tomos que forman el incomparable material reunido por el gran historiador Max Nettlau, vean la luz un día no lejano, para suplir el gran vacío. Sin embargo, los propios trabajos de Nettlau, tan abundantes en datos como minuciosos en el respeto a la verdad histórica, que figuran como prólogos, introducciones, prefacios, aclaraciones, etc., en las obras editadas en diversas lenguas que contienen trabajos del famoso revolucionario ruso, así como los artículos y referencias que con admiración le dedica Rudolf Rocker, y otras obras y notas biográficas —aun cuando no conforman un todo ordenado abarcativo de la vida, el pensamiento y la obra de Bakunin— permiten apreciar los valores y las proyecciones de una personalidad en que se coniugaron el pensamiento y la acción de un hombre verdaderamente excepcional.

Al cumplirse 85 años desde su muerte, queremos dedicar la nota del "calendario" a recordar, más que la vida agitada y heroica del formidable luchador, a su pensamiento profundo y orientador, comprimiendo sólo en breves líneas algunos rasgos de su gran aventura de apasionado de la justicia y de la libertad.

Nació Miguel Bakunin el 20 de mayo de 1814. A los veinte años abandona su carrera militar, indignado por la represión zarista en Polonia. Estudia filosofía en Moscú en 1830, adhiriendo a la escuela del filósofo alemán Hegel. Amplia estudios en Berlín, donde en 1842 escribe su primer trabajo, refutando a Schelling. Iluminado por Fuerbach (quien sostiene que los hombres hacen a Dios, y no a la inversa) abandona el idealismo hegeliano. Pasa por Suiza y vive después en París, desde 1843 a 1847. Conoce a Proudhon. La Revolución de 1848, en que interviene, lo aparta de Hegel. De Francia se dirige a Praga. Encabeza, junto con Ricardo Wagner, la revolución de Dresde, en 1849. Capturado, los austriacos alemanes y austríacos lo condenan a muerte (1851). A pedido del Zar, es entregado a Rusia. Vive en horribles prisiones, como la fortaleza de Pedro y Pablo, siendo confinado a Siberia, de donde huye en el año 1861. Se establece en Londres. Colabora con Herzen en la gran sublevación de Polonia de 1863. Se dedica desde entonces al socialismo. Reside varios años en Italia, combatiendo a Mazzini. Funda la Fraternidad Internacional en 1864. Pasa a Suiza, ingresando en la Liga de la Paz y la Libertad, a la cual presenta su célebre trabajo sobre "Socialismo, federalismo y antiteologismo", que es rechazado. Ingresar a la Asociación Internacional de los Trabajadores. Funda la Alianza de la Democracia Socialista. Lucha contra el marxismo y el autoritario comité de Londres. Actúa en 1870 en la Comuna de Lyon. Es expulsado en 1872 de la Internacional (Congreso de La Haya) y participa en el congreso de Saint-Imier en que se define la orientación libertaria de la organización de los trabajadores opuestos al socialismo político dirigido por Marx y Engels. Se retira de la actividad pública, con la salud quebrantada por el agravamiento de

la enfermedad contraída en las prisiones rusas. Ante la eventualidad de un movimiento revolucionario preparada por sus amigos en Italia, se dirige secretamente a Bolonia. La empresa fracasa y, ya gravemente enfermo, regresa a Suiza. Muere en Berna, el 1º de julio de 1876, a los 62 años de edad.

De sus numerosos escritos, en su mayor parte incompletos, pueden citarse: **Cortas a un francés sobre la crisis actual** (1870); **La situación política en Francia** (1870); **El despertar de los pueblos. Carta a Esquiros** (1870); **El imperio knuto-germánico y la revolución social** (1871); **Tres conferencias dedicadas a los obreros de Saint-Imier** (1871); **Federalismo, socialismo y antiteologismo** (1867); **Consideraciones filosóficas sobre el mundo real y el hombre** (1870); **Dios y el Estado** (1870); **Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo** (1870). Diversas ediciones han recogido esos trabajos en obras que llevan títulos bien conocidos: "La Revolución social en Francia", "Consideraciones filosóficas", "Dios y el Estado", "Estatismo y anarquía".

Se ha dicho de Bakunin que fue el revolucionario más formidable de todos los tiempos. Su vida justifica la calificación. La biografía del gran revolucionario es la historia más completa que pueda hacerse de un hombre entregado en cuerpo y alma a un ideal, y que se agiganta en cada faceta de sus actividades. El siglo pasado, con sus grandes convulsiones, lo tuvo en la vanguardia de todos los movimientos liberadores. Europa entera sintió los golpes de su incansable combate por la libertad. Marcó un rumbo a las masas oprimidas ansiosas de liquidar su esclavitud, trazando límites precisos entre los métodos verdaderamente conducentes a su emancipación y los falsos caminos que desembocan siempre en viejas o nuevas formas de opresión.

Bakunin sembraba sus ideas al mismo tiempo que ponía todas sus energías en la lucha por su realización. Fue un gran expositor del ideario socialista revolucionario libertario, a la vez que un campeón heroico, presente en cualquier lugar en que la lucha de un pueblo abría perspectivas para la revolución. Sus escritos todos están impregnados de calor militante, de pasión, de vida. Los más profundos pensamientos, las más audaces proposiciones, las más brillantes tesis filosóficas, las más claras manifestaciones de su socialismo anarquista, están siempre en contacto con la realidad del mundo en que actúa, con los acontecimientos políticos, con las luchas de todo orden que agitan a los países de esa Europa que tembló ante su verbo y ante su empuje.

Por eso mismo, cada parte del material que se ha podido recoger y ordenar, cada una de sus cartas, de sus discursos, de sus fragmentos, nos habla de hechos, sistemas, partidos, hombres y tendencias de la época de su propia acción. Muchos de sus trabajos se interrumpen, como índice seguro de que el luchador deja la pluma para lanzarse a una de las numerosas empresas revolucionarias en que interviene. Los escritos de Bakunin son al mismo tiempo que una fuente inagotable de ideas, que una crítica a la sociedad burguesa que abarca todos sus elementos constitutivos, que una prédica ardiente que incita a la lucha, a la rebelión, a la revolución social, verdaderos documentos de carácter histórico en los que se reflejan los acontecimientos más trascendentales de su tiempo.

Leyendo a Bakunin, aprendemos historia a través de cómo la vio un hombre que por encima de todo tenía un amor inigualable a la libertad y quería que las masas oprimidas la conquistaran, costara lo que costara.

Un siglo de historia nos separa de la época en que Bakunin actuó y expuso su pensamiento. No pueden enfocarse los nuevos acontecimientos y problemas desde el mismo ángulo y con las mismas soluciones de entonces. Sin embargo el absolutismo estatal y la democracia más o menos avanzada aún subsisten como sistemas de dominación política de los pueblos. La evolución del capitalismo, las nuevas guerras, las numerosas variaciones de los elencos gubernamentales, la total desvirtuación de la revolución rusa por el totalitarismo, la aparición del fascismo, la heroica y grandiosa epopeya española, la desorientación y la suerte corrida por las organizaciones obreras y por los trabajadores, la polarización de bloques estatales en la disputa por la virtual hegemonía del mundo entero, el auge de las corrientes autoritarias y de las instituciones retrógradas que cultivan los dogmas y la intolerancia, la amenaza de tremendas conflagraciones en la era nuclear, todo en suma, no destruye lo fundamental de sus ideas y de sus críticas, en las que mucho se puede aprender y que mucho pueden servir para ayudarnos a buscar y encontrar caminos frente a las apremiantes realidades que nos circundan y preocupan. No se trata de repetir lo pasado, de aferrarse a cosas y métodos inaplicables en el presente, sino de afrontar el presente y el porvenir con la preciosa ayuda de los grandes pensadores y de las grandes experiencias de ayer, de quienes se adelantaron a su tiempo con una visión del futuro aún no realizado, de las enseñanzas que ofrecen las victorias y derrotas que llevaron a la humanidad a la situación actual por no haber elegido la vía de las transformaciones económicas, políticas y sociales que propusieran los precursores del socialismo antiautoritario.

En uno de sus prólogos a las obras de Bakunin, expresa Max Nettlau que es preciso estudiarlo "con ojos críticos, teniendo en cuenta la experiencia social y política adquirida desde su tiempo, y cada lector inteligente sacará nuevas conclusiones de estas lecturas retrospectivas y aplicará la experiencia que Bakunin nos prodiga en sus escritos a la interpretación de los hechos de la vida moderna, que reclaman esa atención más que nunca".

He aquí algunas ideas expresadas por Bakunin, que espigamos de sus escritos:

Es necesario organizar la sociedad de tal suerte que todo individuo, hombre o mujer, al llegar a la vida, encuentre los medios poco más o menos iguales para el desenvolvimiento de sus diferentes facultades y para su utilización por el trabajo; organizar una sociedad que al hacer imposible para todo individuo, cualquiera que sea, la explotación del trabajo ajeno, no deje a cada uno participar en el disfrute de las riquezas sociales, que en realidad no son producidas sino por el trabajo, sino en tanto que haya contribuido directamente a producirlas mediante el suyo. La libertad

sin el socialismo es el privilegio, la injusticia; el socialismo sin la libertad, esclavitud y brutalidad. Protestaremos siempre contra todo lo que se asemeje, de cerca o de lejos, al comunismo y al socialismo de Estado.

Los marxistas dicen que la dictadura es un medio transitorio inevitable para poder alcanzar la emancipación integral del pueblo: anarquía o libertad, es el objetivo; Estado o dictadura, es el medio. Así, pues, con el fin de emancipar las masas laboriosas es preciso ante todo subyugarlas. Ellos afir-

man que sólo la dictadura —la suya, evidentemente— puede crear la voluntad del pueblo. Respondemos: ninguna dictadura puede tener otro objeto que su propia perpetuación y que no es capaz de engendrar y desarrollar en el pueblo que la soporta más que la esclavitud; la libertad no puede ser creada más que por la libertad, por la rebelión del pueblo y por la organización libre de las masas laboriosas, de abajo a arriba.

Las religiones con sus dioses no son más que la creación de la fantasía creyente y crédula del hombre que no llegó todavía a la altura de la reflexión pura y del pensamiento libre apoyado por la ciencia. O Dios existe, por tanto el hombre es esclavo, o el hombre es inteligente, justo, libre, por tanto Dios no existe.

Nosotros también queremos la cooperación; incluso estamos convencidos de que la cooperación en todas las ramas del trabajo y de la ciencia será la forma predominante de la organización social en el porvenir. Pero al mismo tiempo sabemos que sólo podrá prósperar, desarrollarse plenamente, libremente, cuando todos los capitales, instrumentos de trabajo, la tierra inclusive, sean devueltos, a título de propiedad colectiva, al trabajo.

Una vez admitido esto, lejos de ser adversarios de las empresas cooperativas del presente, las consideramos necesarias por muchas razones. Primero, e incluso esto constituye a nuestros ojos su ventaja principal, acostumbra a los obreros a organizar, a hacer, a dirigir sus cosas por sí mismos, sin ninguna intervención sea del capital burgués, sea de una dirección burguesa.

Es deseable que cuando suene la hora de la liquidación social, éstahalle en todos los países, en todas las localidades, muchas asociaciones cooperativas que, si están bien organizadas, y sobre todo si están basadas sobre los principios de solidaridad y de la colectividad, no sobre el exclusivismo burgués, harán pasar a la sociedad burguesa de su estado presente a la igualdad y la justicia, sin sacudidas demasiado violentas.

El sufragio universal, mientras sea ejercido en una sociedad en que el pueblo, la masa de los trabajadores, esté económicamente dominado por una minoría detentadora de la propiedad y del capital, por independiente que sea o que lo parezca desde el punto de vista político, no podrá nunca

producir más que elecciones ilusorias, antidemocráticas y absolutamente opuestas a las necesidades, a los instintos y a la voluntad real de las poblaciones.

Pero, ¿por qué no ha de enviar el pueblo a las asambleas legislativas y al gobierno hombres suyos, hombres del pueblo? Primeramente, porque los hombres del pueblo, debiendo vivir de sus brazos, no tienen tiempo de consagrarse exclusivamente a la política, y no pudiendo hacerlo, estando la mayoría de las veces ignorantes de las cuestiones económicas y políticas que se tratan en esas altas regiones, serán casi siempre víctimas de los abogados y de los políticos burgueses. Y, luego, porque bastará casi siempre a esos hombres del pueblo entrar en el gobierno para convertirse en burgueses a su vez, en ocasiones más detestables y más desdeñosos del pueblo de donde han salido que los mismos burgueses de nacimiento.

En el fondo de su alma, la burguesía es cosmopolita. La dignidad, la independencia de su país le importan muy poco, siempre que en el exterior halle el mercado vasto y libre para los productos del trabajo nacional explotado por sus capitales y que en el interior haya tranquilidad y orden público —las dos condiciones esenciales de toda explotación regular—; siempre que estos privilegios económicos, y principalmente el de explotar el trabajo del pueblo, estén garantizados enérgicamente por la potencia del Estado.

Es imposible llegar a la vez a dos fines contradictorios. Al implicar el socialismo la revolución social, la eliminación del Estado, resulta evidente que quien tiende al Estado debe renunciar al socialismo, debe sacrificar la emancipación económica de las masas a la potencia política de un partido privilegiado cualquiera.

Para libertar a las masas de la superstición religiosa, hay dos caminos: la ciencia racional y la propaganda del socialismo.

Quien dice Estado o Poder, dice dominación; pero toda dominación presupone la existencia de masas dominadas. El Estado, por consiguiente, no puede tener confianza en la acción espontánea y en el movimiento libre de las masas, cuyos intereses más caros son contrarios a su existencia: Es su enemigo natural, el opresor obligado y debe obrar siempre como tal, cuidándose bien de no confesarlo.

Réquiem por un campesino español*

Para los españoles que escogieron la vida en otros países esperando el tardío milagro, la derrota y el exilio significaron una nueva oportunidad de dar forma al futuro en consonancia con sueños y predicciones. Las discusiones sobre quién había de cargar con los culpas se han calmado por fortuna. Ramón Sender no ha cesado en la tarea de ordenar sus opiniones y sentimientos. En su breve historia de largo alcance, titulada ahora "Réquiem por un Campesino Español", logra serenidad de perspectiva sin perder en modo alguno de vista la meta de crear una España nueva. El relato tiene la calidad clásica y bíblica de la simplicidad y sublimidad. Los trucos evidentes de la retórica barata están desplazados en la narración que presenta el espíritu atormentado del anciano sacerdote Mosén Millán, que está a punto de celebrar una misa de réquiem en memoria de su joven feligrés, Paco el del Molino. Este fue asesinado por un grupo de señoritos fascistas, y mientras Mosén Millán recuerda y reconstruye los acontecimientos siente que él fue involuntariamente culpable del asesinato de Paco. Mosén Millán, como esta narración fue originalmente titulada en español, resume en forma imaginaria la tragedia de España. Como Masday Crescas, autor de **La Luz de Dios**, que escribió una carta desde Zaragoza a un correligionario en Francia dando cuenta de los **progroms** de 1391 y del martirio de su hijo, Ramón Sender escribe en un estilo ascético, resistiendo la tentación de caer en lo polémico y recriminatorio, una historia que imperceptiblemente asciende a las alturas de la imparcialidad sin eliminar por eso el impacto de una emoción ardiente que abrasa el espíritu del lector. Sentimos que Crescas y Sender se sitúan en el inflexible realismo aragonés con una serenidad abrumadora. Crescas el filósofo y Sender el novelista se encuentran, y la sensibilidad aragonesa alcanza su forma perfecta. Contienen las lágrimas, y si ellos no lloran el lector llorará por los dolores que afligen al hombre.

Mosén Millán está en la sacristía de la iglesia de su pueblo; el Pueblo carece de nombre y ninguno de los protagonistas es presentado con su apellido. La historia de esta innominada aldea aragonesa es la crónica de todas las ciudades y pueblos que se encontraron sumergidos en los acontecimientos que desencadenó la huida de Alfonso XIII. Mosén Millán quiere deshacer simbólicamente el irreparable daño que causó a Paco, cuando prometió a su feligrés la protección de la ley si salía de su refugio. Los dos, Millán y Paco, fueron traicionados: la promesa fue quebrantada y dos campesinos y Paco fueron ultimados a tiros en el camposanto. ¡Qué ironía! Estos asesinatos fueron cometidos a sangre fría en el **camposanto**. Mosén Millán es un buen hombre: ha vivido dentro del modelo sacramental de la Iglesia. Las exigencias de la historia y la exhortación profética de que Dios pide algo más que fórmulas rituales, que sólo el bien y la justicia cuentan ante sus ojos, no tuvieron jamás lugar en las mentes y en los corazones de los sacerdotes de aquel pueblo. La iglesia está vacía, sus campanas doblan invitando a los habitantes del lugar a asistir

* Fragmento de un prólogo de Mair José Bernardete. De una novela sobre la guerra civil española de la que es autor Ramón Sender, a editarse próximamente en la Argentina por intermedio de la Editorial Proyección.

a la misa de requiem y tácitamente los lugareños boicotean la ceremonia que va a realizarse. ¿Por qué? De vez en cuando Masén Millán pregunta al monaguillo si ha llegado alguien. Uno a uno los tres ricos del pueblo, don Valeriano, don Gumersindo y el Señor Cástulo, llegan para asistir a la ceremonia. Intrigados por la negativa del cura a aceptar su oferta de pagar la misma, aguardan sin saber lo que está pasando en la mente de su sacerdote. Ellos conservaron su posición y su riqueza y de una u otra forma estimularon la sangrienta campaña de los falangistas para restablecer el *statu quo*.

¿Cómo cumple Sender la tarea de conjugar una historia que se mantiene en las unidades clásicas de tiempo, espacio y acción sin que el relato caiga en la monotonía? A la luz de un paréntesis retrospectivo reconstruye los acontecimientos que marcan la vida de Paco el del Molino, desde el día de su nacimiento hasta el día, veinte y pico años más tarde, en que es asesinado sin haber derramado jamás una gota de sangre humana. Discretamente nuestro autor da detalles y escenas como un escritor omnisciente. Circunstancias, detalles, sucesos y conversaciones que el cura no pudo haber observado o conocido por otros, son transmitidos al lector por el propio autor. Al lado del paréntesis retrospectivo y de su omnisciencia de escritor, Sender usa con poderosos efectos la memoria del monaguillo. Fragmentos de un romance popular anónimo, sobre la muerte de Paco, recordados con dificultad por el monaguillo, se interpolan en doce ocasiones en la narración y sus notas épicas acrecientan la dramática calidad y pathos de la historia.

Ahora comprendemos plenamente lo que Sender quiere significar cuando afirma que fue católico, aunque no creyó en el Dios eclesiástico ni en la Iglesia. Todos en España son católicos; catolicismo es más que religión; es costumbre y una modalidad en la forma de asirse a las esencias de la vida. Paco fue bautizado por Masén Millán y de pequeño participó en las actividades de la Iglesia. En Semana Santa vio la Iglesia y las personas bajo nuevos aspectos y condiciones; los penitentes avanzan arrastrando sus pesadas cadenas; las campanas están mudas. El autor y sus protagonistas aceptan los misterios y de esta forma permanecen católicos para siempre.

Cuando Paco era un chiquillo de siete u ocho años acompañó a Masén Millán a la casa de un hombre agonizante; la casa era una cueva; la pobreza, la necesidad y la miseria se reflejaban en todos los detalles y el niño despertó al tremendo problema social. Hizo al cura preguntas embarazosas, que éste fue incapaz de contestar. En adelante el muchacho fue otro. Algo había que hacer para traer caridad y ayuda a los infortunados lugareños. Aprendió desde muy joven que cinco pueblos de la región tenían que pagar derechos por el uso de las tierras de pasto que pertenecían a un duque ausente. Esto no era justo. Paco no evolucionó social y políticamente a través de la lectura. Su sentido de la justicia era intuitivo y no necesitaba que nadie le dijese que había llegado la hora de restablecer la justicia. El rey huyó y hombres jóvenes entraron en el ejercicio de la autoridad; no mataron ni abusaron de su fuerza. Su programa fue simple y directo. Los tres ricos del pueblo, asustados por la dirección que los acontecimientos estaban tomando, se fueron a la Ciudad, para conspirar con los reaccionarios determinados a impedir cualquier cambio radical en la estructura social de España. Masén Millán

estaba dolorido por el desafío radical, y los cambios estaban más allá de su comprensión.

Finalmente, Sender, para dar una tercera dimensión a la vida de los lugareños, introduce a las viejas que se reúnen todos los días en el **Carasol**, un lugar de las afueras del pueblo, tibio y soleado en invierno y fresco en verano. **La Jerónima**, vieja solterona locuaz, blasfema y supersticiosa, hace las veces de coro maestro que cuenta los hechos y los dichos de los habitantes del lugar. Además de los versos del romance, el lector se informa de las versiones deformadas de lo que está sucediendo. Y entonces llegan los intrusos y el Carasol es destruido; ellos no quieren ninguna caja de resonancias para los intensos sentimientos de los labriegos.

Requiem por un campesino español tiene escenas inolvidables, y el estilo del autor, escueto y simple, resplandece con la intensidad de los fuegos ocultos. Paco está escondido, los asesinatos son cometidos de noche y el padre y la mujer de Paco están aplastados por la premonición de lo que va a ocurrir. Mosén Millán recuerda los acontecimientos pasados y ningún lugareño ha entrado en la Iglesia. Lleno de excitación, el monaguillo da cuenta de que una mula desensillada se ha metido en el templo, y anda suelta por la nave. Los tres ricos del pueblo intentan dar caza al animal intruso. Es el potro de Paco, que ha sido olvidado desde la muerte de su dueño.

"Salieron los tres y volvieron para decir que no era una mula, sino el potro de Paco el del Molino, que solía andar suelto por el pueblo. Todo el mundo sabía que el padre de Paco estaba enfermo y las mujeres de la casa, medio locas. Los animales y la poca hacienda que les quedaba, abandonados.

"—¿Dejaste abierta la puerta del atrio cuando saliste? —preguntaba el cura al monaguillo.

"Los tres hombres aseguraban que las puertas estaban cerradas. Sonriendo agriamente, añadió Don Valeriano:

"—Esto es una mula. Y una malquerencia.

"Se pusieron a calcular quién podía haber metido el potro en la Iglesia."

Sólo el lector puede experimentar el choque eléctrico de la escena final cuando Mosén Millán confiesa a Paco. Sender alcanza la profundidad de la verdadera tragedia en el terrible y conmovedor diálogo entre Paco y el sacerdote.

El sacramentalismo sin ética y profecía es una burla. España, la España Virginal, aguarda aún el día del Señor.

Ediciones RECONSTRUIR

El Nuevo Israel, por Agustín Sauchy.

160 páginas. Precio del ejemplar m\$n. 35.—.

El otro Rosas, por Luis Franco
Segunda edición, 340 páginas

Pasión de justicia, por Iris T. Pavón

Recopilación de poesías

128 páginas. Precio del ejemplar: m\$n. 10.—.

♦ colección "RADAR"

- 1 **La voluntad de poder como factor histórico**, por Rudolf Rocker. (Agotado) .
- 2 **Reivindicación de la libertad**, por G. Ernestan. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 3 **Ni víctimas ni verdugos**, por Albert Camus (Segunda edición ampliada). 100 páginas. m\$n. 30.— el ej.
- 4 **Antes y después de Caseros**, por Luis Franco (Agotado)
- 5 **Origen del socialismo moderno**, por Horacio E. Raque. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 6 **El cooperativismo puede evitar la guerra**, por James P. Warbasse. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 7 **Capitalismo, democracia y socialismo libertario**, por Agustín Sauchy. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 8 **Arte, poesía, anarquismo**, por Herbert Read. (Agotado).
- 9 **Alejandro Korn, filósofo de la libertad**, por Francisco Romero. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 10 **Biografía sacra**, por Luis Franco. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 11 **La solución federalista en la crisis histórica argentina**, por Juan Lazarte. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 12 **La Revolución popular húngara**, por autores varios. 100 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 13 **Albores de libertad**, por Eugen Reigl. 100 páginas. m\$n. 25.— el ej.
- 14 **Bolcheviquismo y anarquismo**, por Rudolf Rocker. 84 páginas. m\$n. 20.— el ej.
- 15 **La contrarrevolución estatista y Socialismo y humanismo**, por G. Ernestan. 84 páginas. m\$n. 25.— el ej.
- 16 **Testimonios sobre la revolución cubana**, por Agustín Sauchy. 68 páginas. m\$n. 20.— el ej.

SERVICIO DE LIBRERÍA

Remitimos cualquier libro existente en plaza, en condiciones muy ventajosas. Solicite informes y haga sus pedidos por correo a Editorial Reconstruir, Casilla de Correo 320, Bs. As.

1 Hemeroteca General
CEDOC

**precio del
ejemplar:
m\$ n. 20.-**